

# Izquierda Teoría y praxis

**#10**  
**Agosto 2024**

**Discutiendo cultura  
e identidad y  
rememorando a  
EP Thompson**

**SEGUNDA PARTE**

**PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO**

Pablo Pozzi  
Magdalena Cajías de la Vega  
Joaquina De Donato  
Gerardo Médica

Boletín del  
Grupo de Trabajo  
**Izquierdas y luchas  
sociales en América  
Latina**



Izquierda : teoría y praxis No. 10 : discutiendo cultura e identidad y rememorando a EP Thompson / Pablo A. Pozzi ... [et al.] ; Coordinación general de Pablo A. Pozzi ; Mauricio Archila Neira. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2024.

Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-830-5

1. Minería. 2. Conflictos Sociales. 3. Izquierda Política. I. ozzi, Pablo A., coord. II. Archila Neira, Mauricio, coord.

CDD 306.09

## PLATAFORMAS PARA EL DIÁLOGO SOCIAL



### CLACSO

Consejo Latinoamericano  
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano  
de Ciências Sociais

#### Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

#### CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

#### Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Producción Editorial

#### Equipo

Natalia Gianatelli - Coordinadora

Cecilia Gofman, Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Sofía Torres,

Teresa Arteaga y Ulises Rubinschik

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

#### CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina. Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875

<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

#### Coordinadoras/es del Grupo de Trabajo

##### Pablo Pozzi

Secretaría de Investigación y Posgrado,  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires  
Argentina

[pozzi@pabloa@gmail.com](mailto:pozzi@pabloa@gmail.com)

##### Mauricio Archila

Fundación Centro de Investigación y  
Educación Popular  
Colombia

[marchila@cinep.org.co](mailto:marchila@cinep.org.co)

##### Viviana Bravo Vargas

Departamento de Investigación y Postgrados  
Universidad Academia de Humanismo  
Cristiano

Chile

[vivianabravo@gmail.com](mailto:vivianabravo@gmail.com)

#### Coordinadores del Boletín #9

##### Pablo Pozzi

Instituto de Estudios de América Latina  
(INDEAL)

Facultad de Filosofía y Letras (UBA)  
Argentina

[pablo.pozzi@yahoo.com.ar](mailto:pablo.pozzi@yahoo.com.ar)

##### Mauricio Archila Neira

Universidad Nacional de Colombia  
Fundación Centro de investigación y  
Educación Popular (CINEP)  
Colombia

[marchilan@gmail.com](mailto:marchilan@gmail.com)

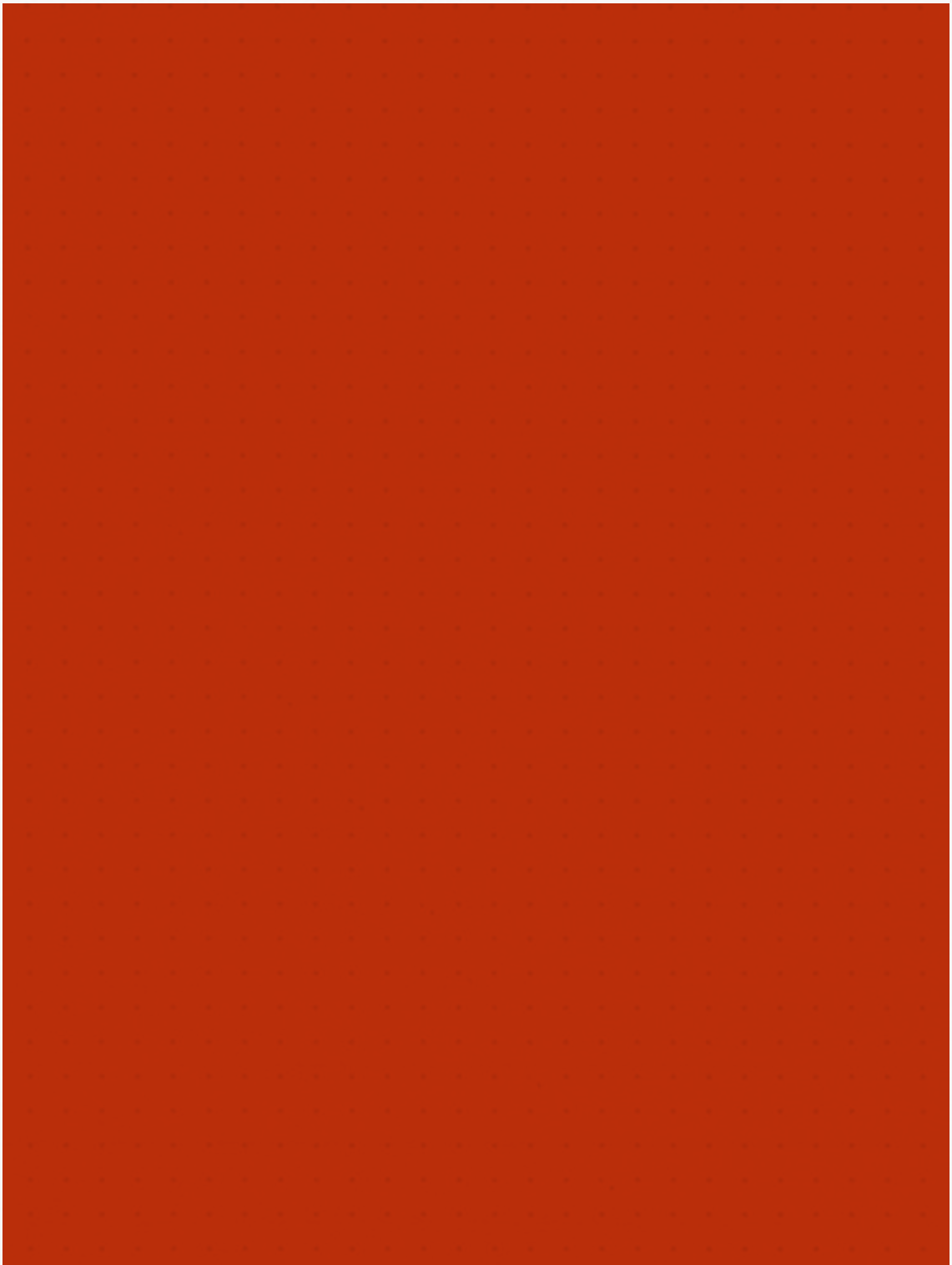




# Contenido

- |           |                                                                                |  |           |                                                                    |
|-----------|--------------------------------------------------------------------------------|--|-----------|--------------------------------------------------------------------|
| <b>5</b>  | Presentación                                                                   |  | <b>38</b> | Sobre la “Economía moral de la multitud”... estadounidense         |
|           | Pablo Pozzi                                                                    |  |           | Joaquina De Donato                                                 |
| <b>10</b> | E.P. Thompson y recuperar la subjetividad en la historia                       |  | <b>48</b> | ¿Hubo un conflicto de clases durante la revolución norteamericana? |
|           | Pablo Pozzi                                                                    |  |           | Thompson decide                                                    |
| <b>26</b> | La etapa formativa del proletariado minero boliviano a la luz de E.P. Thompson |  |           | Joaquina De Donato                                                 |
|           | Magdalena Cajías de la Vega                                                    |  | <b>60</b> | Reseña                                                             |
|           |                                                                                |  |           | Gerardo Médica                                                     |







# Presentación

Pablo Pozzi\*

La obra de E.P Thompson tuvo un fuerte impacto en América Latina y sus estudios de trabajadores. Los estudios de Daniel James, James Brennan, Victoria Novelo, Mauricio Archila Neira, Magdalena Cajías y muchos otros utilizaron muchas de las preguntas y los conceptos planteados por Thompson para revolucionar los estudios de la clase obrera latinoamericana. Más aún, es raro encontrar en América Latina, el día de hoy, especialistas del tema cuyas hipótesis y perspectivas no se deriven de la obra thompsoniana. Thompson cambió las formas de “hacer historia” y permitió avances importantes en torno a la experiencia y la cultura de los trabajadores latinoamericanos, sobre todo por la gran plasticidad conceptual y su sólido anclaje en las prácticas sociales y sus posibles significados.

Más allá de sus aportes intelectuales E. P. Thompson fue una persona polémica, en particular por dos razones. La primera fue su consecuente militancia a favor de la paz mundial y de los derechos de los trabajadores. Al igual que su contemporáneo, el gran historiador norteamericano David Montgomery, Thompson parecía decir que él no hacía “historia de los trabajadores”, sino que hacía “su historia”. En ese sentido, rememoraba a Gramsci por cuanto no se consideraba un “intelectual comprometido” sino uno “orgánico”. Eso se reflejaba en su obra. Por un lado, los temas seleccionados apuntaban a explicar aspectos de la historia de los trabajadores que nos permitieran comprender las complejidades de la lucha

\* PhD en Historia (Stony Brook University) y Profesor Consulto de la UBA. Fue titular regular plenario de Historia de los Estados Unidos de América en la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires). Co-coordinador del Grupo de Trabajo CLACSO Izquierdas y luchas sociales en América Latina.

de clases en Inglaterra. Esos temas abarcaron desde las tradiciones en la formación de la clase obrera, hasta aspectos de la cultura (su estudio literario sobre los románticos de 1790 es un tour de force de los vínculos entre historia y literatura). Otro aspecto es la escritura de Thompson: clara, accesible, sin el oscurantismo tan caro a la historiografía post 1968 francesa. Cualquiera puede leer a Thompson y disfrutarlo.

El segundo aspecto por el cual Thompson fue una persona por demás polémica, es que sus escritos históricos no pueden ser divorciados de su trabajo diario, o más bien nocturno, ya que casi toda la enseñanza para adultos era necesariamente por las tardes, aparte de las escuelas diurnas los fines de semana. No es accidente que su obra más famosa, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, fuera un emergente de su trabajo en educación para adultos en la Universidad de Leeds. Durante dos décadas de docencia Thompson estuvo en contacto con docenas de estudiantes adultos, muchos de ellos políticamente conscientes, en una región donde cada lugar tenía un fuerte vínculo con un pasado radical de lucha obrera. Al mismo tiempo, durante sus años como tutor de adultos, hasta 1956, fue en un destacado militante comunista en el movimiento por la paz de Yorkshire, una zona que era uno de los principales centros de actividad comunista. Un aspecto notable, y lo que implica un tributo a su calidad de intelectual orgánico, es que fue elegido miembro del Comité de Distrito del Partido Comunista en un momento cuando la mayoría de sus miembros eran obreros industriales.

Por otra parte, sus obras en torno al marxismo también tienen un fuerte tono militante y polémico. Su obra *Miseria de la teoría* (1981) es un llamado a la batalla tanto contra las visiones estructuralistas, stalinistas y el post marxismo. De esta obra emergen aspectos más que interesantes. Uno es la visión humanista que tenía Thompson del marxismo, y que él reivindica como un “retorno a Marx”. La otra es la importancia del vínculo entre teoría y práctica. Para Thompson el materialismo dialéctico no es un ejercicio intelectual, sino que, al decir de Lenin, es una guía para la acción, ya sea en los estudios históricos o en la lucha por la paz mundial.

Pero esta militancia le generó conflictos. Eric Hobsbawm, su camarada en el CPGB e integrante del Grupo de Historiadores, lo acusó de “perder el tiempo con una ‘criminal’ diversión de energías en disputas teóricas en vez de en investigación empírica”. (Anderson 2002, 7) ¿A qué se debió semejante invectiva justamente de alguien que debería compartir los objetivos de Thompson? ¿Era una diferencia de perspectivas o, peor aún, que Hobsbawm había ya comenzado su giro a ser parte del *establishment* intelectual europeo por lo que no solo se acercó al eurocomunismo sino también a la escuela de los *Annales*?

*La miseria de la teoría* incluye una *Carta Abierta a Leszek Kołakowski*, un filósofo polaco, que luego de alejarse del comunismo hizo una larga carrera en Inglaterra. Para Kolakowski (2005) el marxismo era “la fantasía más grande de nuestro siglo”, opinión que le valió numerosos premios en Estados Unidos y Europa. Kołakowski respondió con una crítica muy dura a Thompson en su ensayo de 1974, “Mis opiniones correctas sobre todo” (publicado junto con otros en 2005), donde acusa a Thompson de deshonestidad intelectual al minimizar las brutalidades del comunismo y anteponer principios abstractos a las consecuencias del mundo real. Esto es por lo menos notable ya que Thompson no sólo era conocido por su postura antistalinista, sino se había alejado del CPGB en 1956, cuando Kolakowski aún era miembro del comunismo polaco del PZPR, uno de los partidos más stalinistas de Europa Oriental. Más allá de las historias personales, Kolakowski, en su respuesta, no tiene ninguna intención de discutir las ideas de Thompson, sino sencillamente desacreditarlo a través de una forma de macartismo intelectual. El retrato de Thompson hecho por Kołakowski provocó algunas protestas de los lectores y otras revistas de izquierda salieron en defensa de Thompson. En el 50 aniversario de la histórica publicación de *The Making of the English Working Class*, varios periodistas celebraron a E.P. Thompson como uno de los historiadores más destacados de su época.

A medida que la historia marxista se volvió menos de moda frente a la adaptación de enfoques centrados en el giro lingüístico, las identidades y el

posestructuralismo de la década de 1980, el trabajo de Thompson fue objeto de críticas por parte de colegas historiadores. Joan Wallach Scott (1988) argumentó que el enfoque de Thompson en *The Making of the English Working Class* era androcéntrico e ignoraba la centralidad del género en la construcción de las identidades de clase, entendiendo la esfera del trabajo remunerado en el que estaba arraigada la clase económica como inherentemente masculina y privilegiada. sobre el ámbito doméstico feminizado. Sheila Rowbotham (Steinberg, 1991), también historiadora, feminista y amiga de E.P. y Dorothy Thompson, ha argumentado que la crítica de Scott era ahistórica, dado que el libro se publicó en 1963, antes de que el movimiento feminista de la segunda ola hubiera desarrollado plenamente una perspectiva teórica de género. En realidad, *La formación* tampoco contiene referencias a raza, y al colectivo LGTB. Pero tampoco las había en Marx. En ambos casos, no es solo una cuestión de época, sino también de priorizar el concepto de clase sobre el de identidad, donde el primero abarca numerosas identidades. Así, para ellos, clase obrera, incluye una inmensa cantidad de razas, géneros y religiones. De hecho, Rowbotham reconoció que, si bien apoyaban la emancipación de la mujer, los Thompson tenían sentimientos encontrados sobre el movimiento feminista contemporáneo de la segunda ola, considerándolo demasiado pequeño burgués.

A los 30 años de la muerte de E. P. Thompson, Madoc Cairns escribió en la revista socialdemócrata *The New Stateman* (29 de agosto de 2023): “En una era de crisis ecológica, escribió [EPT], es posible que necesitemos el “redescubrimiento, en nuevas formas, de una especie de “conciencia consuetudinaria”, en la que una vez más las generaciones sucesivas mantengan una relación de aprendizaje entre sí, en la que las satisfacciones materiales permanezcan estables. (si se distribuyen más equitativamente) y sólo aumentan las satisfacciones culturales”. En una sociedad que se ajustaba cada vez más a las visiones más oscuras de Thompson, ese trabajo de redescubrimiento sería difícil. No se podría hacer solo. “Lo que pasa en la pantalla diaria distrae tanto”, escribió Thompson en 1975, “la presencia del status quo es tan palpable, que es difícil creer que exista cualquier otra forma de energía”. Pero siempre habrá momentos en los

que lo imposible irrumpe: cuando “nos damos cuenta de otras y más antiguas reservas de energía que brillan a nuestro alrededor, del mismo modo que, cuando se apagan las farolas de la calle, nos damos cuenta de las estrellas”. El pasado necesita el presente. El futuro necesita del pasado.

Al menos una de las esperanzas juveniles de Thompson no quedó decepcionada: “se volvió más peligroso a medida que envejecía”. Thompson se había negado, hasta el final, a transigir con el poder; con la sociedad adquisitiva y la civilización de la muerte. En su vida, como en todas las vidas, los muertos no habían dejado de actuar. “Nunca, en ninguna página de Blake”, escribió Thompson, unos meses antes de su muerte, el 28 de agosto de 1993, “hay la más mínima complicidad con el reino de la bestia”.

No hay complicidad con el “reino de la bestia”. Qué mejor epitafio para un militante e intelectual consecuente.

---

## REFERENCIAS

- |                                                                                                                              |                                                                                                                                                                                                            |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| Anderson, Perry (2002). “The Age of EJH”. <i>London Review of Books</i> , vol. 24, num. 19, 3 October.                       | Thompson, Edward Palmer (1997). <i>The Romantics. England in a Revolutionary Age</i> . New York: The New Press.                                                                                            |
| Kołakowski, Leszek (2005). <i>My Correct Views on Everything</i> , (orig. 1974)<br>South Bend, Indiana; St. Augustines Press | Scott, Joan Wallach, “Women in <i>The Making of the English Working Class</i> ”, in Scott, Joan Wallach, <i>Gender and the Politics of History</i> (New York: Columbia University Press, 1988), pp. 68–92. |
| Thompson, Edward Palmer (1981). <i>Miseria de la teoría</i> . Barcelona: Crítica.                                            | Steinberg, Marc W. (April 1991). “The Re-Making of the English Working Class?”. <i>Theory &amp; Society</i> . 20 (2): 173–197. doi:10.1007/BF00160182                                                      |





# E.P. Thompson y recuperar la subjetividad en la historia

Pablo Pozzi\*

El intento por establecer un balance de la obra y del itinerario historiográfico, teórico y político de E. P. Thompson tiene numerosos antecedentes entre los que se destacan los diversos trabajos de Harvey J. Kaye (1992), Ellen Meiksins Wood (1990 y 1992), y William H. Sewell Jr. (1990), todos de disímil profundidad y calidad. A éstos deben agregarse los escritos de otros grandes representantes de la intelectualidad marxista inglesa que evaluaron o debatieron la perspectiva metodológica, teórica e histórica del autor de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, como Perry Anderson, Eric Hobsbawm y Raphael Samuel. La última obra importante aparecida sobre esta cuestión quizás sea la de Bryan D. Palmer (1994).

Los supuestos con los que Thompson construye su contexto teórico son ya clásicos y han sido antes enunciados por autores como Eric Hobsbawm, Anderson y él mismo. Lo que aquí nos interesa es que, para este último, la disciplina histórica sintetizaba pasado y futuro a través del compromiso con el presente, haciendo del sujeto histórico el centro de una indagación que emerge como fruto de ese marxismo ecléctico, más político que teórico, más romántico que racionalista. Lo más rescatable y útil para el historiador de la clase obrera es que Thompson intentó recuperar del olvido el problema de la subjetividad pretendiendo arrancar

\* PhD en Historia (Stony Brook University) y Profesor Consulto de la UBA. Fue titular regular plenario de Historia de los Estados Unidos de América en la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires). Co-coordinador del Grupo de Trabajo CLACSO Izquierdas y luchas sociales en América Latina.

del marxismo la exuberante maleza del predeterminismo con un espíritu antidogmático ajeno a supuestos teóricos definidos *a priori* y que reclamó la necesidad de una lectura crítica hasta del propio Marx. Esto lo llevó a un desarrollo teórico que lo colocaba, por momentos, en los límites del propio materialismo histórico.

Dos de los conceptos clave de la historiografía thompsoniana, los de “clase” y “lucha de clases”, le dieron una identidad propia a sus planteamientos y lo colocaron en el centro de fuertes polémicas teóricas. Frente a los que definían a las clases simplemente como efectos de relaciones económico-estructurales, Thompson recordaba el papel que la cultura, las formas de vida tradicionales y la propia conciencia ejercen en la definición de clase. De ahí es que le dé un peso a este último elemento, cuando sostenía: “una clase no puede existir sin algún tipo de conciencia de sí”. Aquí rescatamos una observación que ya formulara Perry Anderson: el progresivo “culturalismo” que lleva implícita una concepción que cree que la formación de clases es independiente de determinantes objetivos. Thompson nunca aceptó esta acusación y negó que de su obra pudiera surgir la idea que “clase puede definirse simplemente como una formulación cultural”.

Thompson es mucho menos importante por las respuestas que ofreció que por el hecho de que nos forzó a analizar la historia y el socialismo de distinta forma, resituó nuevamente la libertad en el centro de todo proyecto socialista y revolucionario, reivindicando esa cuestión moral que, en nombre de una pretendida cientificidad, había sido despreciada y arrojada al universo ideológico del despectivamente llamado socialismo ‘utópico’ y ‘pequeño burgués’. En cuanto a la Historia, nos obligó a repensar el concepto de cientificidad heredado del siglo XIX y fue capaz de proponernos, desde su posición comunista y radical, nuevas vías de análisis en, al menos, cuatro direcciones: 1) en el análisis de la lucha de clases; 2) en su concepción de la ‘Historia desde abajo’; 3) en la recuperación de la tradición radical; 4) en la denuncia de todo proceso histórico supuestamente guiado y orientado hacia un progreso ininterrumpido.

La conceptualización y la obra de Thompson, sin embargo, tuvo múltiples lecturas y ellas mismas presentaron tensiones, contradicciones y problemas irresueltos. Si bien nunca dejó de sostener que las relaciones de producción tienen un papel definitorio en la vida social y que la experiencia de clase está ampliamente determinada por esas relaciones, también es cierto que llegó a plantear, en función de romper con las tendencias ultradeterministas (como el althusserianismo) que la clase obrera es una formación tanto cultural como económica, siendo imposible dar alguna prioridad teórica a un aspecto sobre otro. En esta última concepción se apoyaron no pocos historiadores que plantearon nuevos condicionantes y problemas (características de la “vida cotidiana”, cultura, elementos discursivos y simbólicos, uso del tiempo libre, identidades étnicas, de comunidad, de género y otros), desjerarquizando su importancia. Plantearon que la identidad de los trabajadores podía aparecer como descentrada del mundo laboral y podía ser reconsiderada a partir de las condiciones de la vida material que asimilan a los asalariados a otros grupos y sectores. De esta forma, extendieron con tanto empeño las fronteras del estudio de los trabajadores por fuera del universo productivo que acabaron por disolver la categoría de clase obrera en otras, tal como la de “sectores populares urbanos”.

En algunos trabajos que reivindican la perspectiva teórica plasmada por Thompson<sup>1</sup>, se establece un nexo de causalidad entre las innovaciones que suponen el estudio de la clase obrera a través de su concepto de experiencia y el “fracaso del paradigma leninista” en las interpretaciones del movimiento obrero. En verdad, gran parte de los esfuerzos de Thompson

<sup>1</sup> María Cecilia Cangiano (1993) y Mirta Zaida Lobato y Juan Suriano (1993). Según Cangiano, la aparición del libro de James, *Resistencia e integración. La clase obrera y el peronismo, 1945-1976* (sic), no puede explicarse sin “el fracaso y la derrota del proyecto revolucionario marxista leninista de los años setenta” en Latinoamérica (pág.118). Sin embargo, la autora no expone ninguna prueba para avalar esta hipótesis explicativa sobre la génesis y el contexto en el que surge la obra de James. Suriano-Lobato encuentran retrospectivamente un aval a su planteo de la imposibilidad de compaginar el análisis de la lucha de clases con el tradicional “paradigma leninista”: es una cita de Federico Engels de 1895, referida a las dificultades en torno a las esperanzas revolucionarias y los resultados concretos.

se dirigieron a estudiar cómo una clase, a través de la autoidentificación de sus miembros en lucha contra otra clase, se conforma en un sujeto colectivo real. Hay más vínculos entre la concepción de Thompson y el “paradigma leninista”, que entre el primero y el que intenta disolver a la clase en fragmentos condicionados por disímiles situaciones de la “vida cotidiana” o de la cultura. Los dos primeros son intentos de dar cuenta de cómo se construye una clase como fenómeno unitario, el último es un enfoque que apunta a su disolución.

Definir el término “clase” es de por sí complejo y ha sido tema de numerosos debates. Para Thompson y su perspectiva, la existencia de las clases sociales es algo real, tangible y vivenciable, más allá de las diferencias culturales o históricas de una nación a otra. La existencia del capitalismo como tal define la existencia de una clase obrera. En este sentido, la clase se define por su relación con los medios de producción. Pero esta relación no es estática, sino dinámica. Un obrero no deja de ser tal automáticamente cuando abandona la fábrica. Por el contrario, mantiene criterios culturales, solidaridades, aspiraciones y relaciones sociales que tienen que ver con su historia pasada. Lo mismo podemos decir de su familia; si bien los hijos pueden no trabajar sí se encuentran dentro de la clase obrera. Lo concreto es que la definición de clase no es un problema individual, sino colectivo definido por experiencias comunes gestadas a través de las relaciones sociales de producción, por el cual la unidad mínima analítica es la familia.<sup>2</sup> Al ser dinámica la relación, esto implica que los límites, las fronteras, en los cuales grupos de seres humanos dejan de pertenecer a una clase para convertirse en otra sean difusos, pero no por eso menos existentes.

- 2 Véase Paul Sweezy (1973). Este artículo fue publicado originalmente por *Monthly Review* en mayo y junio de 1951. Allí expresa; “La unidad fundamental de integración de una clase es la familia y no el individuo. La prueba de ello es sencillamente que cada uno nace dentro de una determinada clase, la clase a la cual pertenece su familia. [...] El *nouveau riche* nunca es plenamente aceptado en su flamante ubicación social y el hombre que pierde su posición nunca llega a aceptar totalmente la variante. Son solo las familias las que, en cada caso, y con el correr del tiempo, realizan el ajuste.”

Parte del problema es la riqueza del fenómeno social que se trata de aprehender y el cómo delimitar el sujeto. Por ejemplo, en diversas investigaciones la clase obrera influenciadas por la perspectiva de Thompson incluyen no sólo a los obreros industriales, sino también a los de la construcción, la minería, a los rurales, todos cuyas relaciones sociales de producción son similares. Pero no se limitan sólo al proletariado, estos estudios también abarcan a los trabajadores asalariados no obreros. Esto lo es así por tres razones básicas. Primero, porque en el comportamiento social, si bien el proletariado es aislable, en general no actúa y se organiza en forma aislada. Si bien hay varios casos de gremios que agrupan sólo a empleados, muchos de los gremios “de servicios” incluyen sectores de obreros industriales. Asimismo, varios sindicatos “industriales” también organizan a los empleados en esa rama de la industria. Casi todos los gremios estatales abarcan ambos sectores.

Pero además de esta razón existen dos más que están interrelacionadas. La primera es que, aunque las relaciones sociales de producción y lo que producen, son diferentes, empleados y proletarios se encuentran cotidianamente sujetos a los criterios de producción capitalista. En este sentido, a partir del neoliberalismo en la década de 1980, lentamente grandes sectores de empleados se han “proletarizado” y desarrollado pautas sociales y organizativas acordes. El taylorismo, la productividad, la racionalización y los equipos “a la japonesa” se aplican hoy en día en fábricas y en oficinas generando condiciones que tienden a unir empleados y obreros en experiencia. La segunda razón, es que uno de los resultados más importantes del desarrollo del capitalismo en los últimos años ha sido que la diferenciación entre la vida de un empleado y la de un obrero se ha convertido en cada vez menor. El empleado no sólo ha perdido cosas intangibles, pero reales, como prestigio social, sino que se ha visto obligado a compartir pautas de sectores proletarios: vecindarios, ámbitos de sociabilización, estilo de vestimentas, entre otras características, a un nivel mayor que en las décadas pasadas. Todo lo anterior no significa que se han borrado las diferencias sociales entre ambos sectores sociales. Estas siguen existiendo y las impone la realidad laboral de cada uno. Y

esta no es una distinción banal o meramente analítica, es una distinción vivencial que hacen los propios obreros y empleados. Por todo esto, si debemos diferenciar entre proletarios y trabajadores asalariados, las investigaciones deben tomar a ambos en cuenta y relacionarlos tal como ocurre en la vida real.

El problema de lo anterior estriba en cómo percibir esa cultura, cómo se originó y el cómo opera en la realidad social. La respuesta simple es que esa cultura surge de la experiencia social; pero esa interpretación lineal no contribuye a entender por qué tiene ciertas características en una sociedad nacional y otras en una distinta. Parte del problema es cómo definir los nexos en un proceso histórico determinado entre la experiencia y la consciencia, todo ello forjado a través un proceso histórico de décadas. Al mismo tiempo, como señaló Raymond Williams (1994, 6), “una clase social no es siempre, en modo alguno, culturalmente monolítica. [...] en cualquier clase establecida, existen procesos de diferenciación interna, con frecuencia por tipos de trabajo.”

De lo que se trata es puesto que las clases sociales se forjan en la caldera de las relaciones sociales de producción, y los obreros son obreros porque se ven obligados a vender su fuerza de trabajo y producen plusvalía, ¿cómo percibimos esa realidad social o sea cómo se evidencia? Más aun, la clase es un fenómeno histórico, en constante cambio y evolución. El investigador que utiliza el concepto de clase, ¿cómo sabe que realmente existe? Una clase no es una agrupación de individuos, sino que es un ser viviente, cambiante, existente. Sabemos que existe porque hay una cantidad de pistas, pautas, praxis, que dan indicios de su existencia. Más aún, sabemos que existe porque hay confrontaciones y resistencias a las formas de dominación hegemónicas, a veces grandes y explosivas, y otras capilares y subterráneas, que solo pueden ser descritas como lucha de clases. Es en la experiencia de la lucha de clases que no solo se forja la clase sino todos los elementos que le dan cohesión: su cultura, su lenguaje, su “sentido común”, y también su consciencia.

Según Neil Davidson (2012, 7): “Lo que concierne a los marxistas no es simplemente la consciencia, el pensamiento y el lenguaje, sino la experiencia social que los precede y les da su origen”. Como tal, se trata de ver los indicios, en un proceso inductivo que nos permitan trazar las características de una clase social a partir de las evidencias que deja, o que señala o marca, en individuos específicos. Dicho de otra manera, el estudio de un número determinado de individuos cuyas relaciones sociales de producción son similares debería permitirnos vislumbrar pautas comunes que determinan la existencia de una clase social. Estas pautas se manifiestan en la cultura, la visión de mundo, la moral, la ética, los valores, todos tamizados por el proceso histórico y social particular y determinado. En fin, lo que podríamos denominar estructuras de sentimiento son las que articulan a individuos entre sí para forjar algo que es mucho más que la sumatoria de sus partes. De otra manera, si la clase social es algo más que una mera categoría teórica, o sea si expresa algo realmente existente, entonces un grupo de obreros chinos deberían tener indicios de una pauta clasista similar y formas de organización y de relaciones sociales similares a los de un grupo de obreros argentinos. Al mismo tiempo, ambos grupos pueden no tener comportamientos similares ante situaciones similares, ya que su experiencia, su cultura, y su consciencia son productos de un proceso histórico distinto. Se trata, entonces, de trazar las formas en que las relaciones sociales de producción forjan un ser social existente a través de redes, lazos, comportamientos y de una cultura determinada. Como señalaron Fox y Genovese (1988, 95): “Los trabajadores también aparecen cada vez más, en el amplio cuerpo de la literatura, como hombres y mujeres que mientras soportaban la opresión, milagrosamente crearon una ‘cultura autónoma’ y resistieron con éxito, y al completo, los valores y aspiraciones de la burguesía.” Comprender estos procesos y nexos debería permitirnos aproximarnos a lo que históricamente se ha denominado consciencia social, más allá de sus contenidos específicos políticos o ideológicos.

Lo que aquí se postula es que el nexo entre experiencia y consciencia es lo que se puede denominar “una cultura”. Raymond Williams (1994,

13) señaló que la cultura debe ser tratada como “un sistema signifi-  
cante a través del cual necesariamente (aunque entre otros medios) un orden  
social se comunica, se reproduce, se experimenta, se investiga.”

Analizar este sistema nos provee una forma de acceder a la subjetivi-  
dad; o sea, a cómo los grupos sociales han vivenciado y comprendido  
su realidad social. Como señaló Christopher Hill (1981, 19): “Las perso-  
nas deben experimentar cosas antes de que les inventen un nombre; uno  
puede, quizás, decir que no las pueden nombrar hasta que las hayan ex-  
perimentado. El proceso de nombrarlas puede involucrar apropiarse de  
una Palabra existente e investirla con un nuevo significado”.

De esta manera, ante un problema similar con el que se enfrentó hace  
más de medio siglo, Richard Hoggart (1990, 30-33) señaló: “Las perso-  
nas que recuerdo aún conservan la sensación de pertenecer a un grupo  
propio [...] Sienten que son ‘clase obrera’ en gustos y costumbres, en que  
‘pertenecen a ella. Esta distinción no resulta muy exacta, pero es impor-  
tante [...] No es fácil distinguir a los trabajadores del resto por la cantidad  
de dinero que ganan, ya que hay una enorme variación de jornales entre  
la clase obrera. [...] Tratar de aislar a la clase obrera, *grosso modo*, no im-  
plica que no exista gran número de diferencias, matices y distinciones de  
clase dentro del mismo grupo. [...] Es posible, por tanto, generalizar, sin  
que esto implique que toda la clase obrera coincide en actitudes o creen-  
cias respecto al matrimonio o la religión; por otra parte, no hay manera  
de analizar una cultura sino a través de las constantes de la uniformidad”.  
Nuestras dificultades teóricas y metodológicas, las insuficiencias de las  
herramientas para el análisis, no justifican el descartar el concepto de  
“clase” como una categoría poderosa para el investigador, más allá de sus  
problemas y complejidades para aprehender un fenómeno social diná-  
mico, cambiante y también complejo. De hecho, hasta el día de hoy es la  
herramienta teórica que mejor lo describe, en este sentido aquellos que

diluyen la cuestión de clase y aquellos que la convierten en un fetiche dificultan realizar un análisis en profundidad.<sup>3</sup>

Aquí lo importante es que nunca hay pruebas concluyentes para percibir los significados y significantes de una cultura. Al contrario, el investigador se ve siempre obligado a recurrir al método de Sherlock Holmes: una vez descartado lo imposible, lo que queda por improbable que sea es la realidad. Entonces, lo que podemos detectar serían indicios para percibir las características de una cultura; y ahí a ver refractados elementos de la consciencia social en un momento determinado.

Como señalamos anteriormente, el problema es que los individuos componen, pero no son, los grupos sociales. Estos últimos son mucho más que la mera suma de sus partes. Al convertirse en un colectivo se convierte en más que una sumatoria de identidades individuales, para constituirse en algo vivo, en algo en permanente movimiento. De hecho, es una clase social. Si bien esta categoría puede ser inacabada o simplemente puede tratarse de un fenómeno social tan vivo y tan en movimiento que su dialéctica hace difícil hacer un retrato acabado. Difícil no quiere decir imposible. Y ese retrato se lo puede percibir en los grupos colectivos más pequeños. Por lo tanto, las diversas expresiones de una cultura social dan pistas para ver los niveles de consciencia tomado como grado de percepción de los propios intereses del grupo social. Esta cultura se forja en las relaciones sociales de producción, o sea en la vida cotidiana y no sólo dentro de la fábrica. El trabajo en la fábrica es una de las dimensiones de la experiencia de la clase, quizás una de las más importantes, pero no la única. La experiencia de la clase también incluye, entre otras cosas, la vida en el barrio, la recreación, la interacción con otros sectores sociales.

- 3 Quizás lo más notable es de los estos sectores que provienen o pertenecen a la izquierda y la centroizquierda política. Por su parte, aquellos intelectuales que pertenecen a la derecha política o que pueden ser considerados como “orgánicos de la burguesía” siempre tienen presente a la sociedad dividida en clases. Valgan como ejemplo hombres como F.W. Taylor, Elton Mayo, o Peter Drucker que han estudiado a la clase obrera como tal para robarle su “saber hacer” y para disciplinarla.

Esto sería la experiencia, o como la explicó E.P. Thompson (1989, 37, 38): “las personas se encuentran en una sociedad estructurada en modos determinados, que pueden ser relaciones de producción, experimentan la explotación (o la necesidad de mantener el poder sobre los explotados), identifican puntos de interés antagónicos, comienzan a luchar por estas cuestiones y en el proceso de lucha se descubren como clase, y llegan a conocer este descubrimiento como consciencia de clase. La clase y la consciencia son siempre las últimas y no las primeras fases del proceso real histórico”. Pero al mismo tiempo, el obrero no existe en soledad, o como individuo, sino en familia. Además de reproducir la fuerza de trabajo, la familia transmite la cultura, las estructuras de sentimiento clasistas, lo que se puede denominar “un comportamiento correcto”, porque toda su existencia es determinada por las mismas relaciones sociales de producción. Todo este proceso deja sus trazas en el sentido común de las personas o sea indicios de la subjetividad individual que es lo que podemos percibir para de ahí intentar aproximarnos a las características de un grupo social más amplio.

Esto es claro en el caso de la burguesía y de sus voceros (por ejemplo, Andrew Carnegie en *Wealth*<sup>4</sup>), pero en general lo vemos como menos claro en el caso de los obreros, no porque esto sea menos existente sino porque al no ser dominante sus pautas sedimentadas chocan con estructuras y criterios “en solución” planteados desde la cultura dominante. Parafraseando a Thompson: el “sentido común” de una época está

- 4 Andrew Carnegie, “Wealth”, *North American Review* CCCXCI, junio 1889. Carnegie explicaba que los ricos tenían el deber de que sus herederos no malgastaran las riquezas acumuladas y debían asegurarse de que una porción de esta sirviera para mantener “la relación armónica entre ricos y pobres”. Su propuesta, muy difundida y aceptada entre los empresarios, era que los “mejores medios de beneficiar a la comunidad son ubicar a su alcance los peldaños para que aquellos que lo deseen puedan elevarse –parques, lugares de recreación, para que los hombres sean ayudados en cuerpo y en mente; obras de arte, seguras de dar placer y de mejorar el buen gusto del público; e instituciones públicas de varios tipos, que mejoren la condición general de la gente–; de esta manera se devuelve la riqueza sobrante a las masas en la mejor forma de hacerles un bien duradero. Así se resolverá el problema de Ricos y de Pobres. Las leyes de acumulación seguirán libres al igual que las de distribución. El individualismo continuará, pero el millonario será el administrador de los pobres.”

saturado de la propaganda del *status quo*, pero el elemento más importante es el hecho de que lo que existe, existe. En esto no hay que perder de vista el hecho de que la cultura dominante también oculta la posibilidad de desafíos y alternativas, desarrollando interpretaciones que tienden a compatibilizar los marcos de análisis con sus propias necesidades, más allá de si estas tienen o no que ver con la realidad. Sin embargo, y tomando en cuenta que, como algo vivo, su proceso no es lineal ni unívoco, se pueden percibir los indicios de su desarrollo y fuerza. Así, pautas como consciencia alta y baja son tan engañosos como cultura alta (refinada) o baja (popular).

De hecho, la cohesión de una clase emerge de sus relaciones sociales, se forja en contraposición y en conflicto, o sea en un “nosotros y ellos”. Dicho de otra forma, una clase social solo existe en contraposición a otra. Una clase cohesionada puede decirse que es “fuerte” en relación con otras. Al mismo tiempo, una clase “fuerte” es más probable que rechace pautas de dominación que entren en contradicción con sus intereses y propios criterios culturales derivados de las relaciones sociales de producción. El resultado no es un “deber ser” por el cual los obreros estén más o menos cercanos a una opción “socialista”, sino un “sentido común” de un mundo “como debería ser”. La teoría socialista así apunta a dar expresión e interpretación a ese sentido común obrero, y como tal tiene también su significado histórico-cultural, según cada proceso en particular. Pero no hay nada predeterminado ni ineludible en un proceso histórico: las diversas contradicciones pueden derivarse por los más variados carriles político-ideológicos. Una clase obrera “fuerte”, o sea consciente de su poder, sus intereses y cohesionada, puede no ser ideológicamente socialista. De que lo sea depende de la labor de las organizaciones y militantes socialistas, en la medida que sepan interpretar y trabajar con esa cultura obrera e izquierdista, para proponer soluciones concretas a problemas concretos.

Por último, hay que aclarar que, a pesar del pensamiento positivista, cada fenómeno histórico no sólo se presta a distintas lecturas, sino que puede

tener múltiples resultados. La actividad del ser humano no sólo es compleja, sino que tiende a plantear soluciones a problemas concretos. Lejos de visiones derrotistas, o de interpretaciones exististas, se trata de rastrear un proceso histórico rico y contradictorio en búsqueda de las claves no sólo de su desarrollo sino de los desarrollos futuros. Lejos de un “adiós al proletariado” la realidad es que éste sigue vigente, recomponiéndose permanentemente a través de una lucha de clases, a veces sorda y subterránea, pero no por eso menos cruenta.

Por lo tanto, la clase –como protagonista y como objeto/sujeto de estudio– está integrada por el obrero que trabaja y el que se encuentra desocupado, la historia social de la clase incluye estudiar a sus mujeres (también hay obreras mujeres), la familia, la comunidad, la cultura, su ideología, sus identidades políticas. De ahí la importancia de estudiar las redes, la solidaridad de clase, y cómo se manifiesta ésta. En este sentido, se trata de demostrar que en la actividad de los obreros no actúa sólo lo económico, sino que están motivados por ideas y valores desarrollados a partir de la totalidad de la experiencia de clase.

De lo anterior surgen una serie de preguntas que deberían subyacer a toda investigación. Por ejemplo, ¿siempre lucha la clase obrera? Depende de qué se quiere decir con “lucha”. Si se entienden por esto batallas campales, puño en alto, con contenido implícitamente revolucionario es evidente que no. Pero si por lucha se entiende toda aquella actividad (económica, social, cultural y política) que al definir la cohesión de una clase la contrapone a otra(s), entonces sí. Es en esta conflictividad obrero-patronal que se forja una experiencia cotidiana dialéctica que hace al movimiento de la historia de los trabajadores. Similares apreciaciones se pueden problematizar sobre el tema de la conciencia. ¿Siempre son conscientes los trabajadores? Una vez más: depende de cómo se enfoque el tema. Si la conciencia es vista como un progreso lineal positivista hacia un ideario predeterminado, entonces no. Pero tampoco se la puede ver como algo estancado, sino más bien como algo en permanente movimiento, con altibajos, latencia y explosiones, y en referencia permanente

a otras clases sociales. Todo esto implica que la historia obrera –observada en movimiento– debe lograr una cuidadosa, y difícil, articulación entre las relaciones de producción y la cultura.

A los problemas de “hacer” historia obrera, el estudio del post 1945 agrega las particularidades de “hacer” historia contemporánea. El período ha sido vivido por muchos de los grandes historiadores en carne propia, lo cual implica que tiene una politización abierta y evidente. Por un lado, esto presenta, como dijimos anteriormente, un problema en cuanto a la seriedad científica de estudiarlo: el ¿cómo no guiarnos exclusivamente por nuestros prejuicios y partidismos? Pero, por otro, también lo hace más relevante a la sociedad en general, evidenciando abiertamente que la historia es útil. Así la politización, bien entendida, lejos de presentar un obstáculo a la objetividad histórica, refleja los vínculos de la profesión con la sociedad. Inclusive, esta politización impone temas, planteos, discusiones y problemas que de otra manera tenderían a ser dejados de lado. Es aquí donde el viejo aforismo de “estudiar el pasado desde el presente, hacia el futuro” cobra vida una vez más. Al decir del historiador inglés V.G. Kiernan (1968, 182):

“Sólo al tratar de comprender el pasado racionalmente podemos transformarlo de una masa informe en una plataforma, o derivar energía de este como un Anteo gigantesco del contacto con su madre Tierra. La máxima que sólo un involucramiento activo con el pasado puede desarrollar una correcta sensación por el pasado es verdad, como lo es a la inversa, que sólo una familiaridad con el pasado puede darnos un sentido correcto del presente. No podemos actuar sobre las cosas que han pasado, pero ellas continúan actuando sobre nosotros, el pasado y el presente se combinan para hacer el futuro”.

Lo que subyace lo anterior, no es solo una apreciación de la contribución de Thompson, sino un posicionamiento socio político que coincide con la del historiador norteamericano David Montgomery. En 1975 este antiguo obrero mecánico fue entrevistado por dos historiadores

pertenecientes a la nueva izquierda (Naison and Buhle, 1976, 174-175, 181). Entre otras cosas explicó su visión de historiador en relación con la clase obrera y el socialismo:

*Pregunta: Para muchos izquierdistas norteamericanos, la década de 1950 marcó una época en la que ellos perdieron la fe en la clase obrera como agente de cambio histórico. Influyentes pensadores de la Nueva Izquierda –Herbert Marcuse, C. Wright Mills–, a diferencia de sus pares británicos, en gran parte dejaron de considerar a los trabajadores como una fuerza progresista. ¿Por qué su sentido de la clase obrera como un agente de cambio histórico creador se conservó inmovible cuando casi todos los otros intelectuales de izquierda abandonaron esta perspectiva?*

*Respuesta: La respuesta es doble. Una parte tiene que ver con experiencia y la otra con un principio. En términos de experiencia, el solo hecho de estar en las fábricas de Estados Unidos todos los días durante la década de 1950, metido en las luchas junto con otros trabajadores, me persuadió de que la mayor parte de la literatura académica que se había escrito sobre el conservadurismo inherente o la pasividad de los obreros norteamericanos en la lucha para cambiar algo era sencillamente falso. [...]*

*Pero, en segundo lugar, cuando yo pensaba sobre la cuestión del socialismo y escuchaba preguntar si la clase obrera era un agente de cambio social, me costaba mucho trabajo sentir la pregunta en carne propia. Si la clase obrera no va a cambiar su propia vida ni va a hacer un mundo nuevo, entonces ¿para qué molestarse en hacer nada? [...] En cuanto a aquellos que participaron del trabajo fabril y se desilusionaron –hubo muchas derrotas. Es más, muchos obreros tenían razones para haberse desilusionado con nosotros [...] pero a lo mejor a mí me ayudó el hecho de que disfruté de un par de pequeñas victorias. [...] Nunca se nos ocurrió que estuviéramos escribiendo algo para la clase obrera. Éramos la clase obrera [...] escribiendo sobre nosotros mismos.*

*En última instancia, la historia es el único maestro que tienen los obreros. Una tarea fundamental que todos enfrentamos en la actualidad es regresar a foja cero en nuestra propia experiencia revolucionaria. Muy claramente, al ver las grandes luchas que necesitan ser contadas de nuevo, tenemos que ver con una mirada fría toda esa experiencia para ver dónde nos equivocamos, en dónde están las grandes lecciones que hay que sacar de la experiencia positiva, cuáles han sido las fuerzas impulsoras del cambio histórico y cómo hacer que la dinámica de nuestro propio movimiento sea del conocimiento público una vez más.*

---

## OBRAS CITADAS

- Cangiano, María Cecilia (1993). "Pensando a los trabajadores: la historiografía obrera contemporánea. Argentina entre el dogmatismo y la innovación"; *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"* No. 8, (Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 3ra serie, 2do semestre)
- Davidson, Neil (2012). *How Revolutionary were the Bourgeois Revolutions?* Chicago: Haymarket Books-
- Fox, Elizabeth y Eugene Genovese (1988). "La crisis política de la historia social. La lucha de clases como objeto y como sujeto". *Historia Social* No. 1 Fundación del Instituto de Historia Social
- Hill, Christopher (1981), "Parliament and People in Seventeenth Century England", *Past and Present* 92, 1 (August).
- Hoggart, Richard (1990). *La cultura obrera en la sociedad de masas*. México: Grijalbo, 1990.
- Kiernan, Victor Gordon (1968). "Notes on Marxism in 1968"; en Ralph Miliband y John Saville, eds. *The Socialist Register 1968* (Londres).
- Lobato, Mirta Zaida y Juan Suriano (1993). "Trabajadores y movimiento obrero: entre la crisis de los paradigmas y la profesionalización del historiador"; *Entrepasados*, Revista de Historia, Año III, N° 4-5, fines.
- Meiksins Wood, Ellen (1992). "Customs against capitalism", en *New Left Review*, Londres.
- Naison, Mark and Paul Buhle (1976). "Interview with David Montgomery", en MARHO.

The Radical Historians Organization. *Visions of History*. Nueva York: Pantheon Books.

Palmer, Bryan (1994). *E.P. Thompson. Objections and Oppositions*.

Sweezy, Paul (1973). "La clase dirigente norteamericana", en Paul Sweezy. *Capitalismo e imperialismo norteamericano*. Buenos Aires: Merayo Editor.

Thompson, Edward Palmer (1989). *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, España, Editorial Crítica, (Tercera Edición).

Williams, Raymond (1994). *Sociología de la Cultura*. Barcelona: Ediciones Paidós.





# La etapa formativa del proletariado minero boliviano a la luz de E.P. Thompson

Magdalena Cajías de la Vega\*

Es ampliamente conocido que el libro *The Making of the English Working Class*, publicado por E.P. Thompson en 1963, significó que los futuros estudios sobre la historia de la clase obrera cuenten con potentes herramientas de análisis que iban a permitir ampliar, profundizar y enriquecer las perspectivas hasta entonces utilizadas. Aunque Thompson no renegará nunca del marxismo clásico, será capaz de aportar nuevas perspectivas, al igual que Eric Hobsbawm, Christopher Hill, George Rudé y otros miembros del llamado “neomarxismo inglés”.

En mis propios estudios sobre el proletariado minero boliviano, diversas propuestas del autor citado fueron fundamentales para la escritura de mi tesis doctoral, luego convertida en un libro (Cajías: 2013), así como de varios artículos. De ellas, serán tomadas en cuenta sólo tres para la exposición que presento aquí. Estas son:

\* Doctor en Ciencias Sociales en el Colegio de Michoacán (México); tiene una Maestría en Historia Andina de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-Ecuador) y es Licenciada en Historia por la Universidad Mayor de San Andrés (La Paz-Bolivia). Es catedrática emérita de la Carrera de Historia de la UMSA. Fue Ministra de Educación y Culturas de Bolivia entre 2007 y 2008. Miembro del Grupo de Trabajo CLACSO Izquierdas y Luchas sociales en América Latina.

1. La propuesta de tomar en cuenta los contextos particulares de la clase obrera, en tanto ello permitirá ver sus especificidades, señalándose con insistencia al respecto el carácter histórico de la clase obrera.
2. La importancia de las tradiciones y la experiencia económica, social y cultural anterior del sector obrero estudiado, que puede aplicarse también a temas étnicos, religiosos y otros.
3. Las características específicas de la explotación sufrida por la clase obrera y cómo se produjeron los procesos de toma de conciencia y la lucha de clases.

## Planteamientos generales

En este artículo, desarrollaremos de manera sintética características particulares del proletariado minero boliviano, especialmente del estaño, en su “etapa formativa”. Esta se ubica más o menos entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, aunque la mayor parte de ellas trascendieron en mucho al periodo cronológico escogido. Es más, hay que comprenderlas como rasgos fundadores que se arraigaron con fuerza en su memoria y accionar colectivo, que los identificó por mucho tiempo y que en buena medida marcaron el curso de su historia, aunque esto no quiere decir que se hayan mantenido estáticos.

La emergencia de la minería del estaño desde fines del siglo XIX, es el punto de partida para explicar la aparición del proletariado minero del estaño. Esta se tradujo en cambios significativos en la economía minera, no sólo por su modernización sin precedentes y otros aspectos estructurales, sino por el cambio de mentalidad de los grandes empresarios mineros del estaño en relación a los oligarcas de la plata del periodo anterior, dando lugar, entre otras cosas, a la aparición de auténticas formas capitalistas de relaciones de producción.

Cuando nos referimos a la “etapa formativa” del proletariado minero boliviano, ponemos énfasis en el análisis de la constitución de la colectividad minera como un cuerpo social en el que se fueron desarrollando formas de cohesión interna y sentimientos de pertenencia. Las características del proceso de proletarización, de la vida social en los campamentos mineros, así como del trabajo en la mina, fueron parte fundamental y constitutiva de ese proceso a través de particulares experiencias vividas por el conjunto de los trabajadores tanto en los ámbitos específicamente laborales, como en el campamento minero donde vivían junto a sus familias.

Esos elementos, al ser vividos colectivamente, intervinieron subyacentemente como formadores de una conciencia de pertenencia a una colectividad que los hacía iguales. Además, fueron pautas fundamentales para el proceso de reconocimiento del “nosotros”, del desarrollo de lazos de solidaridad que dieron lugar a la aparición de formas primarias de acción colectiva de los obreros mineros contra “los otros”, es decir contra los grandes dueños de las empresas mineras estañíferas como Simón Patiño, Félix Avelino Aramayo y Mauricio Hochschild.

La paulatina comprensión de las realidades y condiciones de vida en los campamentos mineros y la vida cotidiana dentro de él, de las condiciones de trabajo, de la composición étnico-cultural-social de los migrantes que llegaron a ellas y que vivieron un proceso paulatino de proletarización, de sus prácticas y creencias religiosas-culturales, entre otros, que como dijimos fueron fenómenos en buena medida subyacentes, bajo determinadas condiciones, salieron a luz contribuyendo a la conciencia para sí de ese sector proletario.

Este, que nació en medio de cambios y transiciones que afectaron al conjunto de la nación, y a pesar de su aislamiento, estuvo en el centro de las transformaciones hacia la implantación del capitalismo en Bolivia, lo que le permitió definirse como una clase social oprimida y explotada en un nuevo sistema económico. A ello podemos definir como la emergencia de la “ideología inherente” (Rudé: 1981). Pero, siguiendo a lo señalado

por Thompson en el libro citado al inicio, al mismo tiempo, fueron capaces de reconocer el valor de sus propias visiones de mundo, tradiciones y prácticas étnicas y religiosas de fuerte raigambre andino, que tenían sus raíces en las naciones indígenas quechua y aimara ampliamente presentes en el territorio boliviano.

En sus acciones sociales como clase obrera asumida como tal por ellos mismos, por sus adversarios, por los otros sectores sociales, los gobiernos y los aparatos del Estado, tanto su ubicación como proletariado de gran importancia económica para el país, como su condición de andino trasladado del mundo rural al minero, pesarán en las características particulares que acompañarán al sector minero por décadas convirtiéndolo paulatinamente en el movimiento social más combativo e importante de la vida política y social boliviana hasta más o menos la década de los ochenta del siglo pasado.

## La colectividad minera

Los hombres y mujeres de origen popular que se trasladaron a los campamentos en busca de trabajo y constituyeron en gran parte el naciente proletariado minero, provinieron de distintos ámbitos geográficos y de diversas realidades étnico-culturales y sociales. Esos espacios, se desarrollaron como una especie de “reducciones” aisladas y con vías de comunicación de difícil acceso. Algunos de ellos, como los de Patiño, fueron cercados de alambres de púas y fuertemente controlados, mientras que, en ciudades como Potosí y Oruro, los “barrios mineros” estaban separados del resto de los habitantes.

La posibilidad y las pautas de la socialización entre los trabajadores surgieron así en gran medida por la característica de “reducción” señalada y por la utilización “colectiva” de los momentos de ocio y/o esparcimiento. El campamento y la mina eran para el minero proletarizado su único mundo, su única referencia, como en otros campamentos mineros del

mundo y Sudamérica. Al respecto, Francisco Zapata escribe sobre Chile: “Los mineros no tienen oportunidades de experimentar movilidad hacia afuera del campamento. Todas sus expectativas están centradas en las posibilidades ofrecidas por la empresa. Las actividades del tiempo libre tienden a encontrar las mismas personas que vuelven a reconstruir sus grupos de trabajo en los tiempos de ocio. El grupo ocupacional es el foco de la actividad de tiempo libre, hasta el punto de que se crea una actividad ocupacional fuera del lugar de trabajo” (Zapata: 1970, 45).

Por otra parte, la plaza minera fue desde un principio un lugar permanente de reunión e intercambio de opiniones entre los obreros, así como más adelante de concentraciones, manifestaciones e instalación del local sindical y la estatua del minero con el puño en alto característica de todos los centros mineros bolivianos. Otro espacio fundamental de socialización entre ellos fueron las chicherías (lugares de expansión de bebida fermentada de maíz), que existían en gran cantidad en todos los centros mineros, constituyéndose en un lugar frecuente de esparcimiento. Estas, consistían en galpones abiertos donde se apiñaban “mesas labradas de madera inservible que bota la empresa y asientos largos para ocupación colectiva”, donde se vendía abundante alcohol “servido en jarras de lata o cristalería barata” y se mascaba coca (Escóbar:1986, 4). Así, novelas inspiradas en la vida de los centros mineros de la época anterior a la nacionalización de las minas de 1952, describen a esos locales como el lugar donde los trabajadores aprendían a compartir sus sentimientos internos y a revelar sus angustias sobre la vida que llevaban.

También a mediados de la década del veinte del siglo pasado, comenzó a ser muy popular la práctica del fútbol en las minas, que pronto se hizo intensa con la convocatoria a campeonatos a celebrarse entre distintos distritos mineros, contribuyéndose así al intercambio entre trabajadores de lugares distantes. Lo mismo ocurría con otras actividades deportivas, intensas celebraciones culturales los días de fiesta, la aparición de radios de propiedad de los trabajadores y, por supuesto, la emergencia de las

primeras organizaciones de trabajadores que comenzaron a vincularse entre sí.

Finalmente, aunque muchos mineros del estaño que permanecían en los campamentos como fuerza de trabajo proletarizada ya habían roto sus lazos laborales con el mundo rural, mantenían contactos con sus lugares de origen a los que se trasladaban en los días feriados o las fiestas locales y, allí, transmitían e irradiaban las experiencias de su nueva condición social, como lo hacían también con las poblaciones “civiles” instaladas en las cercanías de los campamentos y donde se realizaban actividades comerciales y otras.

## **Tradiciones, cultura y religiosidad**

La paulatina proletarización que los trasladados a los centros y campamentos mineros experimentaron, provocó la emergencia de una nueva identidad social y cultural que acogía tanto elementos de su pasado rural como de su nueva condición de proletariado semi-urbano. De su pasado rural, trasladaron a la mina visiones de mundo, prácticas y concepciones religiosas, tradiciones culturales como la ch’alla -libaciones rituales junto al masticado de coca- y elementos religiosos. Así, “los migrantes rurales han llevado al campamento minero un mundo minuciosamente estructurado de ideas sobre la vida subterránea que les ayuda a situarse al interior de la tierra y hacer comprensible las nuevas condiciones en que se encuentran, a la vez que este mundo recibe una ampliación profunda a través de su entronque con el culto minero al diablo. La participación en este culto debe considerarse, pues, como un verdadero rito de pasaje que permite la transformación del migrante en minero sin sacarlo del mundo cultural en el que fue inicialmente socializado” (Platt: 1983, 59).

El culto al diablo en las minas, cuyo origen se remonta a la época colonial y que se visualiza en las muchas imágenes de yeso del “Tío” en los socavones, junto a prácticas como la ch’alla a la Pachamama, libaciones

y ritos andinos como el sacrificio de llamas para invocar la aparición de vetas, son manifestaciones culturales que los obreros de los socavones no perdieron al abandonar su pasado rural. Sin embargo, practicadas en las minas adquieren una dimensión diferente, pues ellas se articulan a esa nueva realidad con la incorporación de nuevos elementos y, posteriormente, también se asociaron a las luchas colectivas que los trabajadores emprendieron en su condición de proletarios.

Sobre el “Tío” de la mina, Platt señala: “Los obreros de cada sección atienden a su tío principal y las cuadrillas ofrecen libaciones, acullican coca y fuman cigarrillos para los tíos menores de sus respectivos parajes. En las ch’allas pide(n) protección contra accidentes laborales y abundancia del mineral (...). Así, la ch’alla se convierte en una sacralización masiva de cada rincón de la ciudad laberíntica que yace en las entrañas del Cerro, realizándose un acto de “toma de posesión” cultural y la imposición de un ordenamiento categorial en nombre de las fuerzas oscuras y ambivalentes que pretenden disponer de la riqueza y de la muerte en el interior de la tierra” (Platt: op.cit., 60). Por su parte, René Poppe, relata en sus cuentos mineros, cómo a través de ritos, creencias y prácticas propias, los trabajadores mineros desarrollaban formas colectivas de enfrentar los peligros y el asecho de la muerte en sus horas de trabajo (Poppe: 1986).

Finalmente, ese tipo de ceremonias no sólo se realizaban en el interior de la mina, sino que se trasladaban a momentos festivos en los que no sólo participan los trabajadores sino las llamadas “poblaciones civiles”, e incluso los empleados, técnicos y gerentes de la empresa, como en las fiestas del carnaval, Todos Santos, fiestas nacionales y locales.

## **Condiciones de vida y de trabajo y relaciones obreros-empresa**

El empresario minero Carlos Víctor Aramayo escribió en 1911 sobre el trabajador de las minas, lo siguiente: “ha de acostumbrarse al bochorno y

humedad que le sofocan en el interior de la mina (...) vivirá muchas horas del día sin ver la luz del sol ni respirar aire puro, extraviado en un mundo irreal y a veces irracional, empapado en su propio sudor, manchadas sus ropas de polvo, barro o 'copagira' (...). Sobre su cabeza -apenas protegida por un irrisorio casco de aluminio- penden millones de toneladas de roca. Si ellas se desplomaran no tendría salvación (...) y Concluida la jornada, ¿qué le espera? La soledad y desolación de la montaña. No hay árboles en los que pueda recrear la vista, no hay vegetación, verdor de vida orgánica. Sólo las moles grises o los ingenios o las reptantes casuchas donde se albergan los trabajadores y sus familias" (Crespo: 1981, 215).

Así, esos proletarios debían enfrentar muchos peligros en el interior de la mina como caídas en pozos, embudos, explosiones, derrumbes, apriamiento por maquinarias y la profusión de gases tóxicos. El trabajo era realizado por equipos de diez a quince hombres, con sólo un taladro mecánico en manos del maestro perforista, jefe de grupo. Los demás trabajadores apoyaban con picos y otros sacaban el mineral en carretillas tiradas por mulas, produciéndose mucha solidaridad entre ellos en el momento del trabajo.

En relación con la jornada de trabajo, esta duraba normalmente doce horas, pero podía prolongarse a veinte y cuatro (dobla) o treinta y seis (requetedor) horas seguidas, lo que era aceptado por los obreros para obtener mayores ganancias. Aunque legalmente se estableció en 1919 la jornada laboral de ocho horas, esto casi nunca se cumplía. Y, el posterior sistema de dos turnos para cubrir las 24 horas significaba que los trabajadores muy pocas veces veían el sol.

Si bien los obreros de las minas contaban de manera global con condiciones de vida aparentemente mejores que la de los trabajadores de las fábricas o de los indígenas campesinos en el periodo estudiado, y pudieron acceder a algunos de los resultados de la modernización liberal de las primeras décadas del siglo, como salud y educación, esto no significaba que su nivel de vida fuese satisfactorio. Por ejemplo, la esperanza de vida

era sólo de 30 a 35 años y la mayoría de los mineros se enfermaban de “mal de mina” o silicosis. Por otra parte, las viviendas que el dueño de la mina les otorgaba consistían en oscuras e insalubres chozas de un sólo cuarto en las que a medida que el número de trabajadores crecía, debían ser compartidas con los “agregados”, es decir, mineros solos o con su familia que habían llegado tarde a la inicial repartición de viviendas que no se volverían a construir. Tampoco éstas contaban con servicios higiénicos, los que eran colectivos. Además, gran parte del salario del trabajador se pagaba en especie, estando este obligado a comprar en las “pulperías” establecidas por los dueños de las minas donde los productos que se expedían eran más caros que en las tiendas de la población civil, y, normalmente cubría más del ochenta por ciento del salario nominal del obrero.

A pesar de todo ello, se produjo por parte de los mineros la adquisición paulatina de ciertos valores propios de pobladores urbano-mestizos en contacto con la cultura occidental como el acceso a la educación, considerada como una de las mejores del país, el reconocimiento del valor del dinero como posibilidad de acceder a mejores condiciones de vida y otros elementos que lo hacían diferente al que había sido parte del mundo de las comunidades o haciendas rurales en su pasado.

En cuanto a las relaciones obrero-patronales, estas se fueron transformando de relaciones con características paternalistas a relaciones de corte capitalista, siendo en este último caso un elemento muy importante la implantación de la disciplina laboral a través de estrictos reglamentos laborales. Así, si en un principio los dueños de las minas, gerentes y técnicos compartían con los obreros momentos de celebración como la ch’alla de carnaval, la apertura de tajos, etc., poco a poco, y teniendo como ejemplo a las minas más grandes y ricas, se fue produciendo una marcada diferenciación social entre los capitalistas y los trabajadores, entre los obreros de interior mina productivos y los empleados de escritorio.

Las diferencias entre unos y otros eran muy marcadas. Baste con señalar al respecto que las viviendas de empresarios gerentes y técnicos, siempre separadas a buena distancia de las de los trabajadores, contaban desde inicios de la explotación del estaño con luz eléctrica, calefacción, baño propio y varias habitaciones. Para su esparcimiento, tenían canchas de tenis y golf, centros sociales exclusivos, accedían en las pulperías a productos traídos desde Europa que eran inaccesibles para los trabajadores -como casimires ingleses, alimentos enlatados, bebidas renombradas a nivel mundial- y sus salarios eran mucho más elevados que los de los mineros. De más está decir que ninguno de esos y otros privilegios estaban alcance de los productores directos de la riqueza, lo que comenzó a provocar en ellos crecientes molestias y resentimientos que pronto serían un elemento central en las luchas y conflictos sociales. El obrero descubría al otro como explotador y abusivo, con privilegios que no se merecía, entre otras cosas.

Así, las primeras protestas en las minas se realizaron alrededor de demandas por mejores condiciones de vida y de trabajo, aumento de salarios, disminución de los precios de las pulperías y respeto a las tradiciones culturales, entre otras demandas que fueron dirigidas a la administración y los gerentes. A partir de esas situaciones de conflicto, comenzó a cambiar el carácter de las relaciones entre obreros y patrones. Por ejemplo, en la huelga de los trabajadores de la empresa Llallagua, que se realizó en 1914 por aumento de salarios y reducción de horas de trabajo, la reacción de la empresa ya no fue de diálogo sino de represión, que se practicó con apoyo del gobierno.

Pero fue en el conflicto social de mayo de 1923, conocido como “Masacre de Uncía”, en el que la confrontación de clases salió a luz con mayor claridad. Poco antes de los hechos de sangre los trabajadores de las empresas mineras de Llallagua -de propiedad de una empresa chilena-, Siglo XX y Catavi -de propiedad de Simón Patiño- solicitaron que las empresas respectivas aprueben el funcionamiento legal de la organización unitaria que recientemente habían creado, la “Federación Obrera Central de

Uncía” (FOCU). Pero los empresarios, con el apoyo de fuerzas policiales gubernamentales, apresaron a los principales dirigentes, lo que, a su vez, produjo la inmediata respuesta de los trabajadores que realizaron mítines y movilizaciones relámpago (Rivera: 1967).

Un mes después de iniciado el conflicto, el 4 de junio de 1923, una gran manifestación de trabajadores reunida en la plaza de Uncía, exigía tanto la libertad de sus dirigentes como el pedido inicial de vigencia de su organización sindical, fue rodeada por fuerzas militares que dispararon contra la multitud, produciéndose decenas de muertos.

Pero la sangre derramada en estas localidades mineras del norte de Potosí no apagó la rebeldía obrera que fue haciéndose cada vez más frecuente y contundente. Para inicios de la década del treinta del siglo XX, el proletariado minero boliviano estaba siendo capaz de romper su aislamiento y ahora sus luchas y movilizaciones contaban con la solidaridad de los sectores urbanos. Es más, comenzaba a construirse la visión sobre ellos de que eran el sector más combativo del país pues su conciencia de clase ya se expresaba con mayor nitidez y eficacia.

---

## BIBLIOGRAFÍA

Cajías, Magdalena (2013). *El Poder de la Memoria*. La Paz: Plural-ASDI/SAREC- Instituto de Estudios Bolivianos.

Crespo, Alfonso (1981). *Los Aramayo de Chichas*. Barcelona: Editorial Blume.

Escóbar, Filemón (1986). *La mina vista desde el guardatojo*. La Paz: Cuadernos de Investigación, CIPCA Nr. 25,

Platt, Tristan (1983). *Conciencia andina y conciencia proletaria*. Lima: Revista “Hisla”, Nr. 2, Lima.

Poppe, René (1986). *Interior Mina*. La Paz: Biblioteca Ultima Hora.

Rivera, Gumercindo (1967). *La masacre de Uncía*. Oruro: Universidad Técnica de Oruro.

Rudé, George (1981). *Revuelta popular y conciencia de clase*. Barcelona: Crítica

Thompson, Edward Palmer (1963) *The Making of the English Working Class*. Londres: Víctor Gollanez

Zapata, Francisco (1970). *Mineros y Militares de la coyuntura actual en Bolivia, Chile y Perú*. México: "Revista Mexicana de Sociología".





# Sobre la “Economía moral de la multitud”... estadounidense

Joaquina De Donato\*

En la Inglaterra del siglo XVIII, durante épocas de escasez, la población trabajadora de pueblos y ciudades solía tomar medidas para imponer un control sobre el abastecimiento del mercado y la venta de bienes de primera necesidad. Entre las más frecuentes estaban los motines de subsistencia: levantamientos populares espontáneos, montados con el objetivo de fijar el precio de productos indispensables para la supervivencia de los pobres, como, por ejemplo, el pan.

Los trabajadores que protagonizaban estos motines actuaban con tal moderación que parecían estar siguiendo un protocolo. Su conducta era tan metódica como incruenta. Deambulaban por las calles, pero no saqueaban. Fijaban blancos a los que intimidar --las personas que, se creía, eran las responsables directas de la crisis--, pero no les hacían daño; la humillación era más importante que el castigo físico. También podían forzar a comerciantes o agricultores a entregar su mercadería, pero no con intención de robarla sino de establecer un precio justo bajo el cual comprarla.

\* Profesora y doctoranda en Historia por la Universidad de Buenos Aires. Investigadora adscripta al Instituto Interdisciplinario de Estudios e Investigaciones de América Latina (INDEAL). Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Izquierdas y luchas sociales en América Latina y el Caribe.

Semejante exhibición de disciplina fue lo que llevó al historiador Edward P. Thompson a comprender que estas pautas de conducta no eran casuales. Mucho menos irracionales, como solían creer las clases pudientes de la época. Por el contrario, detrás del accionar de las multitudes había una serie de nociones, creencias y valores populares asociados a la comercialización de alimentos en tiempos de escasez, que operaban dándole legitimidad a su particular forma de actuar y comportarse (Thompson, 1995: 380).

Los participantes de los motines creían estar defendiendo derechos y costumbres de larga data, basados en un fuerte consenso acerca de qué prácticas económicas eran legítimas y cuáles ilegítimas según determinados contextos. Estos criterios eran morales. Tenían que ver con ideas tradicionales acerca de normas y obligaciones sociales para los distintos sectores que componían una comunidad y con las funciones económicas que concernían a cada uno. Se entendía que cada parte estaba relacionada con el conjunto y que el equilibrio social implicaba la conciencia respecto a qué derechos y deberes incumbía a cada miembro (Thompson, 1989: 65 a 67). Esto establecía, por ejemplo, una diferenciación entre la ganancia y el lucro fundada en imperativos morales. La ganancia era aceptada cuando era moderada, ya que era lo que le correspondía al comerciante, agricultor o artesano a cambio de la función económica que cumplía en la sociedad. Pero cuando esa ganancia era exagerada se consideraba lucro y el lucro era inmoral porque se juzgaba como resultado de sacar provecho de las necesidades del pueblo. Y cuando ocurrían actos inmorales se creaba, como contrapartida, la obligación moral del damnificado de protestar, en defensa del bien común, para enmendar el agravio (Thompson, 1995: 380).

Para referir a todo esto, Thompson acuñó el término “economía moral de la multitud” y señaló que fue algo que tiñó “el gobierno y el pensamiento del siglo XVIII” (Thompson, 1989: 65). Por lo que si bien Thompson circunscribió el término a las prácticas de los trabajadores para hacer frente a la escasez de alimentos, también entendió que fueron nociones que

afectaron la relación entre elites y plebeyos en general, y que los motines de subsistencia fueron sólo una entre numerosas formas en que esto se manifestó.

A pesar de que Thompson no extendió su análisis más allá de Inglaterra, afirmó que -con las debidas precauciones-<sup>1</sup> sería posible encontrar “economías morales” influyendo en el accionar de sectores populares en otros países y contextos (1995: 388). Investigando sobre Thomas Paine y la revolución norteamericana, fue interesante descubrir que la “economía moral de la multitud” aparecía una y otra vez influyendo en el curso de acontecimientos del proceso independentista. Al mismo tiempo, no era exactamente la misma descrita por Thompson, ya que las nociones morales se habían modificado en función de las características de la sociedad colonial norteamericana y el contexto revolucionario. Un episodio donde esto se manifestó con claridad fue el llamado “Caso Deane”, ocurrido en 1779.

Silas Deane fue un rico abogado y comerciante de Connecticut. En 1776, mientras cumplía funciones como delegado del Congreso Continental por su colonia, fue elegido para viajar a Francia con un doble encargo: conseguir provisiones para el Ejército Continental (la guerra había iniciado un año antes) y negociar un posible acuerdo entre Francia y Estados Unidos. A cambio, el Congreso pagaría sus gastos y una comisión del 5% por cada contrato pactado.

A primera vista, la gestión de Deane pareció exitosa. Armas, municiones y uniformes llegaron a Norteamérica a lo largo de 1777 y, al año siguiente, Estados Unidos y Francia se convirtieron oficialmente en aliados. Sin embargo, junto con las provisiones, el Congreso se encontró con una factura

1 Thompson insistió en que su concepto no tenía que ver sólo con valores sino también con prácticas y emociones específicas resultantes de un determinado contexto: la escasez de alimentos. Si bien él no descartó la posibilidad de emplearlo en el primer sentido, sí insistió en que lo que constituye “lo moral”, sea como norma o como estructura cognitiva, es algo que debe investigarse en función de sociedades y contextos específicos, para poder utilizarse sin caer en anacronismos (Thompson, 1995: 388).

de cuatro millones de libras esterlinas, una suma astronómica que poco se correspondía con el valor de los bienes recibidos. Y para añadir al embrollo, un informante norteamericano descubrió que el armamento había sido un regalo del gobierno francés y no una venta (Keane, 1995: 172).

Deane fue citado para comparecer ante una audiencia y dar explicaciones, pero luego de demorar por meses su regreso de París, se presentó para anunciar que había dejado sus papeles y registros en Francia. Luego, el 5 de diciembre de 1778, en un intento por escudarse contra una posible condena, publicó una nota en los diarios acusando a miembros del Congreso Continental de dañar las relaciones franco-estadounidenses en favor de una posible reconciliación con Gran Bretaña.

Quien salió a desmentir estas acusaciones en la prensa fue Thomas Paine, el autor de *Sentido común*, un famoso panfleto en favor de la independencia, publicado seis meses antes de que esta fuera declarada por el Congreso en julio de 1776. Paine había sido artesano en Inglaterra y emigrado a Filadelfia en 1775. Para 1778, además de un exitoso panfletista y veterano de la guerra revolucionaria, era también secretario del Comité de Asuntos Exteriores, por lo que estaba al tanto de todos los pormenores del caso referente a Deane.

Bajo un contexto de fuerte inflación causado por las necesidades de la guerra, Paine decidió confrontar al comerciante publicando una serie de cartas en el diario *Pennsylvania Packet*. En ellas, expuso a Deane y denunció sus acusaciones del 5 de diciembre como un cobarde intento por esconder sus negocios corruptos. En los argumentos y el tono de estos escritos, vemos emerger las nociones de la “economía moral de la multitud”.

Para empezar, hay un imperativo moral que se reitera en todas las cartas: cuando el bien público ha sufrido a costa del beneficio privado, tomar medidas para corregir el daño es un deber. Paine esgrime este razonamiento tanto para sermonear al Congreso por no tomar medidas contra

Deane<sup>2</sup> como para justificar su propio involucramiento en el caso: “Es costumbre de los escritores pedir perdón al público por la frecuencia de sus publicaciones; pero suplico sea bien entendido, cualquier pedido de disculpa de mi parte sería ofenderlo. Es su causa, no la mía, por la que vengo luchando [...] por lo que no veo necesidad de disculparme por un acto de deber y justicia” (Paine, 1779/1945: 135).

Aclarada su motivación, Paine avanzó para marcar una distinción tajante entre quienes servían al pueblo y quienes lo engañaban (1779/1945: 108). Entre los segundos, nadie había “hecho más daño a la causa o cometido mayores actos de injusticia contra la comunidad” que los “monopolizadores” y quienes habían despilfarrado “grandes sumas de dinero público” (Paine, 1779/1945: 141). Es decir, quienes habían visto sus fortunas crecer con la demanda de la guerra y la inflación mientras se escondían tras “la máscara del bien común” (Paine, 1779/1945: 141). Silas Deane se encontraba entre estos últimos. Se había presentado como un servidor público, pero perseguía un “capricho privado” (Paine, 1779/1945: 135). Para Paine, tanto él como los demás comerciantes que actuaban guiados por el afán de lucro eran directos responsables de la crisis que aquejaba al joven país (1779/1945: 124).

Desde el punto de vista de este artesano devenido en escritor, la situación no admitía matices: no se lucraba en tiempos de crisis. No era una cuestión de porcentajes, de cuánto podía o debía ganarse, sino “de bien y de mal” (Paine, 1779/1945: 134). Los actos que podían considerarse apropiados para un comerciante bajo un contexto de prosperidad perdían sostén a la luz de la escasez de bienes y el alza de precios que aquejaba a las ciudades (Paine, 1779/1945: 173):

El señor Deane, en su carta, dice que se ha “sacrificado por la grandeza de otros” y promete informarle al público “que ha hecho y cuánto ha sufrido”. Qué entenderá el Sr. Deane por haberse “sacrificado” sólo el Señor lo

2 “El silencio se transforma en un tipo de crimen cuando opera para cubrir o incentivar al culpable” aduce (142).

sabe, y “cuánto ha sufrido” es igual de misterioso. Tuvo la buena fortuna de ser situado en un elegante país a cargo del público mientras nosotros fuimos llevados de un lado al otro. Al parecer sabe muy poco de las dificultades y las pérdidas que sus compatriotas han atravesado en su período de afortunada ausencia. [...] Regresó a América cuando el peligro había pasado y desde entonces no ha sufrido penurias. ¿De qué sacrificios y sufrimientos se queja entonces? ¿Ha perdido dinero sirviendo la causa pública? No lo creo. ¿Lo ha ganado? No lo puedo decir. Puedo asegurarle que yo no. Y él, si lo desea, podría hacer la misma declaración (Paine, 1779/1945: 124).

Nótese también en esta cita, la intención, en tono burlesco, de exponer públicamente a Deane. Esto vuelve a remitirnos a las nociones propias de la “economía moral”: la importancia de la exposición pública y la humillación de quien violentó el equilibrio social anteponiendo su beneficio al de la comunidad. En reiteradas ocasiones, Paine apeló a esta tradición. Primero porque expuso a Deane y lo presentó como un ocioso: fue “situado en un elegante país a cargo del público”. Luego porque lo dejó en ridículo: “Que entenderá el Sr. Deane por “haberse sacrificado” sólo el Señor lo sabe”. Este tipo de mofa se repite constantemente en sus publicaciones, como cuando se burló de que el comerciante regresara a Estados Unidos sin la documentación de sus negocios: “Seguramente el Sr. Deane ha dejado su discreción junto con sus papeles o tomaría noción de la imprudencia de su actual conducta” (Paine, 1779/1945: 105).

A su vez, algunas burlas llevan impreso un tinte clasista. Quizás una de las más evidentes sea: “Me han dicho que volvió cargado con cuarenta mudas de vestidos de seda, terciopelo y otros. Quizás esa es la razón por la que no pudo traer sus papeles” (Paine, 1779/1945: 134). Esto da cuenta de que, a los ojos de Paine, Deane no sólo era la persona que llevó adelante negocios corruptos mientras ejercía como funcionario público, sino que era, al mismo tiempo, un rico comerciante de Connecticut. En su crítica, ambos elementos se hallan imbricados. A consecuencia de lo cual, en sus escritos se observa una división sentida entre un ellos (los

comerciantes inmorales que lucran durante la crisis) y un nosotros (los trabajadores morales que entienden la función que deben cumplir para servir a la causa revolucionaria).

Luego hay cuestiones de la “economía moral” presentes en las cartas de Paine, que mutaron a la luz del contexto revolucionario. Si volvemos sobre las citas anteriores, veremos que Paine acusó a Deane de ser antipatriota. No se trató sólo de que sus acciones atentaron contra el bien común, sino también -o más específicamente- de que lastimaron la causa revolucionaria. Términos acusatorios propios de la “economía moral” como “monopolizador”, sumaron connotaciones negativas bajo la especificidad del contexto de la guerra independentista. Así, el “monopolizador” ya no es sólo el comerciante que acapara bienes pretendiendo lucrar con el alza de precios, sino también el antipatriota que sabotea los esfuerzos de su país por ganar la guerra contra Gran Bretaña.

Este tipo de fusión entre la innovación y la tradición es perceptible en otros momentos de la confrontación entre Paine y Deane. Por ejemplo, una inquietud sobre la que Paine insiste en varias cartas es hasta qué punto es correcto que los delegados del Congreso Continental o de las Asambleas provinciales mantengan negocios privados a la par de emplearse como funcionarios públicos (1779/1945: 136). Él no cree que debiera permitirse. “Aunque no haya una ley que lo haga punible, la tendencia lo hace peligroso y su inconsistencia lo torna censurable”, argumenta (Paine, 1779/1945: 137). Y añade: “Cuando elegimos representantes [...] es por nuestro propio bien que los apoyamos en el ejercicio de la autoridad que de nosotros deriva” (Paine, 1779/1945: 124). En otras palabras, se eligen personas capaces de actuar en función del bien común. La mezcla entre lo público y lo privado es inmoral, ya que deja al país a merced de personas que anteponen sus intereses a los del pueblo. A tal punto creía Paine en esto que atribuyó la inflación a los negocios privados que “delegados y embajadores” mantenían a la par de sus funciones como representantes. Y llegó inclusive a denunciar que la falta de medidas del Congreso contra Deane se debía a que eran socios comerciales (Paine,

1779/1945: 165). Por ende: “Con razón el Sr. Deane ha sido tan violentamente defendido por miembros del Congreso y yo, que vengo trabajando para exponer esta relación tan peligrosa para el bien común, deba ser, en el interín, convertido en objeto de abuso diario” (Paine, 1779/1945: 136).

En el discurso de Paine hay argumentos que remiten a nociones republicanas acerca de la construcción y legitimación del poder, de la soberanía popular como principio fundante de la comunidad política y de los controles que los electores debían mantener sobre los elegidos. Nociones fuertes e innovadoras, de marcada resonancia para un pueblo que hacía apenas tres años había elegido el republicanismo como sistema de gobierno. Pero, a su vez, el republicanismo que Paine evoca no es el clásico, el heredado de la república romana o las ciudades-estado italianas. Se trata de un republicanismo que, entre otros elementos,<sup>3</sup> lleva la impronta de los valores de la “economía moral” acerca del equilibrio social y las responsabilidades morales de los miembros que conforman una comunidad. Por lo que nuevamente asistimos a la fusión entre nociones heredadas que hallaron arraigo en contextos que eran tan familiares como ajenos.

Todo esto evidencia, como marcó Thompson, que la cultura es un “campo de cambio y contienda”. No es algo estático. Es algo que está en constante flujo dentro de un determinado equilibrio de relaciones sociales y contextos específicos, porque tiene una funcionalidad tanto práctica como racional dentro de la vida cotidiana de los individuos atravesados por ella (Thompson, 1995: 16 a 19). Las nociones de la “economía moral de la multitud” se pusieron al servicio de nuevos ideales bajo el proceso revolucionario estadounidense. Algunos elementos se mantuvieron imperturbables, otros tuvieron que adaptarse a una nueva realidad para mantenerse funcionales a las necesidades de los sujetos que los portaban.

3 La memoria de la revolución inglesa de 1640, por ejemplo.

El “caso Deane” ha sido abordado desde varias aristas, por historiadores pertenecientes a diversas corrientes historiográficas, pero siempre con un carácter más bien anecdótico, evocado para ejemplificar la corrupción presente en el joven gobierno estadounidense. No ha sido trabajado a fondo, hasta el momento, para evidenciar las formas de pensar y sentir de los sectores populares durante el proceso revolucionario. Consideramos que esto marca como la obra de Thompson sigue vigente para investigaciones actuales, para seguir volviendo sobre el pasado a fin de producir una historia que visibilice la experiencia de los sectores populares, reconociendo su activismo y racionalidad.

En este sentido, un entrecruzamiento entre la obra de Thompson y la de Thomas Paine, tiene un doble valor. En primer lugar, echa luz sobre las motivaciones y percepciones de los trabajadores estadounidenses durante el proceso revolucionario. Paine fue defendido por artesanos y otros trabajadores por sus publicaciones, muchas veces en manifestaciones públicas y peleas callejeras. A comienzos de 1779, cuando la inflación en Filadelfia alcanzó un punto álgido, una multitud eligió un comité para controlar el alza de precios e inspeccionar los negocios de comerciantes que, se consideraba, estaban lucrando con la crisis. Entre los elegidos para conformar el comité estuvo Thomas Paine.

En segundo lugar, analizado desde esta perspectiva, las cartas de Paine se tornan un testimonio escrito desde el cual acceder a la “economía moral de la multitud”. Algo en suma valioso si se tiene en cuenta lo escasos que son los documentos escritos, de primera mano, dejados por los trabajadores del siglo XVIII.

En 1995, Thompson fue invitado a revisar su artículo “La economía moral de la multitud”, publicado por primera vez por *Past and Present* en 1971. Si bien más que modificarlo, lo que hizo fue brindar nuevas evidencias que apoyaban sus conclusiones iniciales, finalizó su texto diciendo: “... aunque yo engendré el término “economía moral” y lo introduje en el actual discurso académico, hace ya mucho tiempo que el término olvidó

quién es su padre. No quiero repudiarlo pero ha alcanzado la mayoría de edad y ya no soy responsable de sus actos. Será interesante ver lo que hace a partir de ahora” (Thompson, 1995: 394). En el 2023 estamos en condiciones de decir que se siguen haciendo cosas.

---

## BIBLIOGRAFIA

- |                                                                                                                                                                       |                                                                                                     |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------------------------------------------------------------------------------------------------|
| Keane, John 1995 <i>Thomas Paine: A political Life</i> (Nueva York: Grove Press).                                                                                     | Thompson, Edward Palmer 1989 <i>Tradición, revuelta y conciencia de clase</i> (Barcelona: Crítica). |
| Paine, Thomas 1779/1945 <i>The Affair of Silas Deane</i> . En Foner, Philip 1945 <i>The Complete Writings of Thomas Paine Vol II</i> (Nueva York: The Citadel Press). | Thompson, Edward Palmer 1995 <i>Costumbres en común</i> (Barcelona: Crítica).                       |





# ¿Hubo un conflicto de clases durante la revolución norteamericana? Thompson decide

Joaquina De Donato\*

Para los norteamericanos, su revolución de independencia estuvo repleta de acontecimientos emblemáticos que reflejan la lucha de sus antepasados por librarse del dominio británico. Entre ellos, la resistencia de los *Sons of Liberty* [Hijos de la Libertad] a la Ley de Sellos, el episodio con que, tradicionalmente, inicia la crisis revolucionaria en 1765; la Masacre de Boston, un enfrentamiento entre tropas inglesas y colonos que se cobró la muerte de cinco de ellos; el llamado *Tea Party* [Fiesta del Té], en el que bostonianos asaltaron y tiraron por la borda cargamentos de té importados desde la metrópoli; o la Cabalgata de Paul Revere, anunciando la llegada de tropas británicas a la colonia de Massachusetts en 1775.

Lo interesante de la forma en que estos acontecimientos son narrados es su selectividad. Se exalta la labor de una organización como los *Sons of Liberty* para montar la resistencia al nuevo impuesto promulgado por la Corona británica, pero se obvia al zapatero Ebenezer MacIntosh y a la multitud de trabajadores que, actuando por fuera de lo previsto por

\* Profesora y doctoranda en Historia por la Universidad de Buenos Aires. Investigadora adscripta al Instituto Interdisciplinario de Estudios e Investigaciones de América Latina (INDEAL). Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Izquierdas y luchas sociales en América Latina y el Caribe.

los *Sons of Liberty*, destruyeron las oficinas donde se almacenaban los sellos e hicieron desfilar por la calle al comerciante designado para distribuirlos hasta obtener su renuncia. Se recuerda la Masacre de Boston como ejemplo de los exabruptos cometidos por las tropas británicas, pero se deja de lado que la chispa que desencadenó el enfrentamiento fue el descontento de los trabajadores coloniales porque los soldados les quitaban fuentes de empleo y aceptaban emplearse por menos paga. La Fiesta del Té, por su parte, lleva la amigable etiqueta de “fiesta” cuando en verdad se trató de un motín que atentó contra la propiedad privada de la Compañía de las Indias Orientales; un accionar que alarmó hasta a los mismos comerciantes independentistas, induciéndolos a evitar que los trabajadores de Filadelfia y Nueva York imitaran el ejemplo de Boston. En cuanto a la cabalgata de Paul Revere, representada como un heroico acto individual, se desdibuja que Revere formaba parte de una organización clandestina de artesanos cuya labor era espiar los movimientos de las tropas inglesas.

La narrativa oficial insiste sobre la idea de que hubo un pueblo -el colonial- que frente a los atropellos perpetrados por un enemigo externo -la monarquía británica-, se irguió en legítima defensa hasta alcanzar su libertad. Pero, frente a las discrepancias señaladas, surge la pregunta: ¿es apropiado caracterizar a la revolución norteamericana sólo como el resultado de un enfrentamiento entre una metrópoli y sus colonias? La presencia de trabajadores que actuaron muchas veces por fuera del liderazgo de la élite y según sus propias motivaciones, ¿no revela acaso un conflicto al interior de la sociedad colonial que se entremezcló con el enfrentamiento contra Gran Bretaña? Y si es así, ¿podemos pensar ese conflicto como uno de clases? Siendo que el capitalismo como modo de producción aún no se había consolidado durante el siglo XVIII, ¿es pertinente hablar de clases sociales?

Aquí es donde los aportes del historiador E.P. Thompson demuestran su vigencia. Estudiando a la sociedad inglesa de principios del siglo XVIII, Thompson arribó a la misma disyuntiva: los campesinos, los artesanos,

la *gentry* cuyo accionar estaba analizando, ¿podían pensarse como clases sociales? Su respuesta se inclinó tanto por el sí como por el no. Por un lado, no: clase social es una categoría histórica que sirve para dar cuenta de un “proceso experiencial” (Thompson, 1989: 36). Esto significa que la clase, como categoría, existe porque en la evidencia histórica observamos individuos ubicados en una determinada estructura productiva, que se identifican a sí mismos y a otros como parte de un colectivo, y que descubren que poseen intereses comunes al mismo tiempo que enfrentados a los de otras clases. Semejante especificidad surgió, por primera vez, en el marco de la sociedad industrial capitalista del siglo XIX, pues sólo a partir de ese momento la clase se volvió una realidad sentida y experimentada por las personas (Thompson, 1989: 36).

Pero, por otro lado, advierte Thompson, clase es una categoría que puede emplearse en un segundo sentido: como una forma de analizar un proceso histórico a pesar de que no haya una correspondencia directa entre ella y la evidencia, o sea, a pesar de que los grupos que clasifiquemos como clase no se pensarán a sí mismos (por lo menos no plenamente) en tales términos. Thompson define esto como clase en un sentido heurístico (1989: 36). ¿Por qué emplearlo si retiene cierta anacronía? Primero porque no hay una alternativa mejor.<sup>1</sup> Segundo porque, cuando usado teniendo en cuenta su debilidad, sirve para volver comprensible las complejidades de procesos históricos previos al desarrollo del sistema capitalista. Tercero -y esto es lo que más interesaba a Thompson- porque posibilita analizar las luchas sociales anteriores al siglo XIX en términos de luchas de clases.

1 Según Thompson, el uso de categorías más acordes a las características de los colectivos sociales de épocas precapitalistas (y a la percepción que estos tenían de sí mismos), en muchos casos atentó contra la posibilidad de analizar la relación entre estos colectivos en términos de confrontación. En cambio, la categoría de clase y lucha de clases ubica al conflicto como protagonista permitiendo advertir con mayor facilidad un “proceso histórico universal y manifiesto” (Thompson, 1989: 37).

Para Thompson, las clases sociales existen porque luchan. Cuando los individuos inmersos en determinadas relaciones sociales de producción, experimentan la explotación e identifican puntos de intereses antagónicos, comienzan a luchar y como resultado de ese proceso se descubren como clase (Thompson, 1989: 37). Por eso para él es factible analizar los conflictos sociales del siglo XVIII en términos de un antagonismo de clase, aunque las que lucharon no hayan sido específicamente clases (en su primer sentido).

Al mismo tiempo, Thompson advierte que ese antagonismo tendrá características particulares por desarrollarse en el marco de una sociedad sin clases “maduras”. La más destacable siendo que no hubo una polarización irreconciliable de intereses entre quienes lucharon, sino un “campo de fuerzas societal”, es decir, una alternancia entre momentos de tensión y conciliación (Thompson, 1989: 40). Como resultado, la confrontación social nunca alcanzó la suficiente intensidad para propulsar que quienes lucharon se descubrieran a sí mismos como parte de una clase (nuevamente en su primer sentido). Esto no tuvo que ver sólo con la dinámica interna del enfrentamiento, sino también con las características de las sociedades en que esa lucha se desarrolló. Por eso la categoría heurística de clase precisa refinarse y matizarse en función de la época histórica y el lugar en que será utilizada (Thompson, 1989: 41).

Para completar su propuesta teórica, Thompson incorpora una última categoría que se enraiza con las dos anteriores: la de cultura. Según indica, si atendemos a las expectativas, intereses y formas de comportamiento que moldearon el conflicto de clases en el siglo XVIII, encontraremos que detrás de ellos hubo culturas particulares que los englobaron y dieron coherencia. Al tratarse de un período precapitalista, no podemos decir que estas culturas eran de clase (primer sentido), pero para Thompson sus rasgos sólo pueden descifrarse en función de un latente antagonismo de clase (1989: 40). Es decir, podemos identificar culturas distintas, con particularidades opuestas y en constante relación, aunque no podamos explicar esas particularidades en clave clasista.

Retomemos ahora nuestra pregunta inicial. ¿Hubo un conflicto de clases al interior de la sociedad colonial norteamericana que se desarrolló en simultáneo a la lucha contra la Corona británica? Siguiendo a Thompson estamos en condiciones de responder que sí. En primer lugar, hubo clases, pero en su sentido heurístico, ya que nos encontramos en un contexto histórico previo al desarrollo del modo de producción capitalista. ¿Qué factores definieron a estas clases? Algunos que fueron propios de la categoría de clase en su primer sentido: el económico (la posición de los sujetos en la estructura productiva colonial), el cultural (tradiciones, costumbres, ejemplos, símbolos y ritos que manifestaban una visión de mundo particular) y el antagónico (la confrontación con otros por la percepción de intereses opuestos). Luego estuvieron los factores que excedieron a esta categoría de clase: la raza, el género, la calificación y la condición jurídica.

Podemos verlo por medio de un ejemplo. En los cuatro acontecimientos de la revolución norteamericana que mencionamos al principio, tenemos como protagonista a una clase social: los artesanos. Ebenezer McIntosh, así como varios entre la multitud que comandó para obstaculizar la puesta en efecto de la Ley de Sellos, eran artesanos. Paul Revere era platero y formaba parte de un comité clandestino de artesanos que espiaban los movimientos de las tropas inglesas. Entre las víctimas de la Masacre de Boston encontramos dos jornaleros y un aprendiz. Y también hubo varios jornaleros entre los responsables de destruir los cargamentos de té en 1773.

¿Qué nos permite entender a estas personas como parte de una clase? Primero la cuestión económica. Todos ellos eran trabajadores calificados, dueños de medios de producción. Por ende, ocupaban un lugar determinado en la estructura productiva de las colonias como productores de manufacturas. A su vez, compartían una cultura fuertemente anclada en el oficio y en la percepción sobre el valor social del trabajo.

Esto significa que, para los artesanos, el trabajo no era sólo un medio de subsistir económicamente sino también un acto moral y social. Gracias al trabajo se constituían como individuos independientes y al mismo tiempo brindaban un servicio útil a su comunidad, colaborando así a su bienestar (Schultz, 1990: 87). Estas nociones se expresaban y afianzaban en prácticas cotidianas, como el deber de los maestros a enseñar a leer y escribir a sus aprendices o la formación de organizaciones propias (comités, mutuales o compañías de bomberos).

También fue sobre esta noción del trabajo que se constituyó el antagonismo con la élite. De la misma forma que los comerciantes y profesionales asignaban al trabajo manual un valor peyorativo, los artesanos y todos aquellos que dependían de sus manos para mantenerse veían con malos ojos a los no-trabajadores pues lucraban a expensas del esfuerzo ajeno. Esta percepción se hacía tolerable en tiempos de prosperidad económica (el momento de conciliación descrito por Thompson) pero en contextos de crisis podía propulsar el accionar de los trabajadores coloniales contra la opulencia de la elite (la etapa de presión). La crisis revolucionaria inclinó la balanza hacia esta última situación, alimentada por el hecho de que los funcionarios reales eran, en su mayoría, miembros de la élite. Es el caso, por ejemplo, de Andrew Oliver, el comerciante designado para distribuir los sellos en 1765.

Entrelazado con lo anterior, hubo criterios de definición que excedieron el ámbito de la clase social. Un artesano era, al mismo tiempo que un trabajador, uno calificado. El haber sido instruido en un oficio establecía, para ellos, una distancia con el resto de los trabajadores sin calificación: marineros, estibadores, aguadores, etc. Pero también marcaba diferencias al interior de su clase ya que no todos los oficios demandaban el mismo nivel de instrucción. Un platero como Revere se ubicaba entre los oficios considerados “sustanciales”, mientras que McIntosh, por haber sido zapatero, ocupaba la parte más baja de la jerarquía.

Luego hay que añadir otras cuestiones. El artesano era, según su criterio, blanco, varón y libre. Un hombre con calificación, pero de color, no era considerado como parte de la “hermandad del oficio”. Las mujeres, aunque fueran blancas, eran excluidas debido a su género. Y trabajadores con oficio pero sin libertad jurídica, tales como siervos escriturados o personas esclavizadas, tampoco eran reconocidos como iguales. Todo esto puso límites a la capacidad del artesanado para asociarse con otros trabajadores coloniales, pero también (aunque en menor medida) a la posibilidad de que construyeran lazos de solidaridad entre los distintos oficios. Por eso es que, como clase, los artesanos sólo pueden comprenderse desde una categoría heurística.

Sin embargo, como ya vimos, la ausencia de clases sociales maduras no inhibe la existencia de un conflicto de clases. Lo cual nos lleva a la segunda parte de la pregunta planteada, relacionada con la lucha de clases durante la revolución: ¿Hasta qué punto es posible entender la dinámica de la independencia norteamericana sin este elemento?

Tomemos por caso la Ley de Sellos. Se trató de un impuesto con el que Gran Bretaña pretendió pagar por las tropas estacionadas en sus colonias luego de haber entrado en guerra contra Francia. Causó malestar entre los colonos porque atentó contra la autonomía de sus asambleas, las cuales siempre habían estado a cargo de la promulgación de impuestos sobre el territorio. Hasta aquí hay una disputa con la Corona británica. Pero lo cierto es que el rechazo a la Ley de Sellos debe su magnitud a otra cuestión: una economía deprimida hacía más de dos años. Para las colonias, el fin de la guerra entre Gran Bretaña y Francia en 1763 se había traducido en desempleo, inflación y un consecuente aumento en los índices de pobreza. La población trabajadora fue quien más sufrió las embestidas de esta crisis mientras que la elite estuvo en condiciones de resistirla ya que, en la década previa, la guerra había incrementado considerablemente sus fortunas. Como resultado, se aceleró un proceso de concentración de riqueza que devino en que los trabajadores comenzaran a trazar

una relación -tosca pero marcada- entre la riqueza de pocos y la pobreza de muchos (Nash, 1979: 158).

Fue entonces cuando la Ley de Sellos hizo su aparición, puesta en marcha por sectores de la misma élite que ya retenían el resentimiento de la población trabajadora. No fue accidental, por ende, que cuando MacIntosh y la multitud asaltaron la mansión del distribuidor de los sellos, eligieran destruir símbolos de estatus, como pelucas, carruajes y espejos. Cuando al día siguiente las autoridades ofrecieron 100 libras esterlinas (una suma considerable para la época) para quienes revelaran los nombres de los atacantes, nadie apareció para cobrarla (Hutchinson, 1765).

Como demuestra este caso, la resistencia a la Ley de Sellos se imbricó con un conflicto de clases que la antecedió y es este el que terminó determinando la forma en que los acontecimientos se desarrollaron. Por eso cabría preguntarse si no sería atinado fechar 1763 (el inicio de la depresión económica) en lugar de 1765 (la promulgación de la Ley de Sellos) como el inicio de la crisis revolucionaria.

Ocho años después vemos una situación similar durante la destrucción del té. Cuando la Ley de Té fue anunciada, el apoyo de las clases trabajadoras bostonianas a tomar medidas en su contra fue semejante que la elite independentista decidió secundarlas a fin de mantenerse en una posición de liderazgo (Raphael, 2001: 27). Pero la relación no dejó de ser tensa y los intereses contrapuestos quedaron de manifiesto cuando, meses después, algunos comerciantes quisieron reunir fondos para resarcir a la Compañía de las Indias Orientales y los trabajadores se movilizaron para impedirlo. El temor a que el episodio se repitiera llevó a la elite de Nueva York a montar guardia para evitar que la multitud reunida en el puerto asaltara los cargamentos de té. Algo que, de todas formas, terminó sucediendo con algunos navíos (Force, 1837: 248).

¿Por qué, en el marco de la resistencia contra Gran Bretaña, la élite tomó tantas medidas para contener el accionar autónomo de los trabajadores

coloniales? Su prudencia pierde coherencia si se lo juzga únicamente a la luz de un conflicto con el imperio ya que tanto ella como los trabajadores peleaban contra un enemigo común. Pero cobra sensatez si se lo analiza desde un conflicto de clases que se desarrolló en simultáneo. En algún punto, la élite tenía muy presente este doble proceso. Como lo describió el abogado John Adams, la labor que debía preocuparles era como idear un “método” para que las colonias se deslizaran “insensiblemente” desde el viejo gobierno hacia uno nuevo (1776). En otras palabras, la cuestión era cómo lograr un ordenado traspaso de mando en donde la separación de Gran Bretaña no trastocara las jerarquías al interior de la sociedad colonial.

Para los trabajadores, en cambio, su participación -y politización- durante la crisis revolucionaria había derivado en un sentido de importancia sobre su capacidad para incidir en asuntos públicos que se tradujo en que comenzaran a luchar por mejorar su situación tanto política como económica (Nash, 2006: 93). Fue el caso de cuando Boston llamó a elegir delegados para el Congreso Continental que habría de decidir el curso de la resistencia contra Gran Bretaña. Los artesanos de Nueva York se mostraron disconformes con el comité encargado de designarlos (compuesto casi exclusivamente por miembros de la élite) y decidieron fundar su propio Comité de Mecánicos para elegir sus delegados (“At a general meeting..., 1774). Este es un cambio notable respecto a las décadas previas ya que marca la predisposición de los artesanos a disputarle a la élite el control de la política local. Y, a su vez, nos señala cómo, el conflicto con Gran Bretaña por momentos perdió protagonismo en vista de la lucha de clases. Cuando la elite independentista no actuó acorde a lo que los sectores populares demandaban de ella, el accionar de los trabajadores se volcó en su contra.

Frente a esto quedaría por descifrar por qué tan marcado conflicto de clases no devino en que trabajadores, como los artesanos, se descubrieran como parte de una clase en su primer sentido. En otras palabras: ¿por qué entendemos la relación entre élite y trabajadores según la propuesta

de Thompson, en términos de un “campo de fuerzas societal”, en vez de intereses de clase irreconciliables?

Lo primero a considerar es que cuando los estratos altos actuaron acorde a lo buscado por los trabajadores, el conflicto se matizó; presión y conciliación. La destrucción del té en Boston es representativo de esta dinámica. Luego están aquellos factores que obstruyeron la percepción de los trabajadores como parte de un mismo conjunto. Muchas personas esclavizadas lucharon a favor de Gran Bretaña porque se les prometió la libertad. Los artesanos se organizaron para adquirir derechos políticos, pero no incorporaron la demanda de trabajadores no calificados y no libres a la propia. Esta fragmentación debilitó su capacidad de lucha logrando que por medio de concesiones, la elite mantuviera el control sobre el proceso revolucionario. En tercer lugar, el conflicto de clases tuvo momentos en que se vio interrumpido por el enfrentamiento con Gran Bretaña. Es ilustrativo lo sucedido en Nueva York. Luego de la llegada de tropas inglesas a Massachusetts, las divisiones en el seno de la elite la debilitaron considerablemente. Este vacío de poder abrió el espacio para que el Comité de Mecánicos se erigiera como una alternativa de liderazgo. Sin embargo, la ocupación de la ciudad por tropas británicas lo puso en jaque (Nash, 1979: 238).

Así, pese a la existencia de un latente antagonismo de clase, la dinámica de la lucha contra la metrópoli sumado a las características de la sociedad colonial dieciochesca (en particular su estructura jerárquica y las distintas condiciones jurídicas que convivían en ella), obstruyeron que el conflicto se tornara irreconciliable. Esto inhibió la posibilidad de que quienes lucharon se gestaran como clase en su primer sentido.

La complejidad del proceso independentista norteamericano necesita abordarse desde esta perspectiva para poder captarse con plenitud. El doble proceso de una lucha hacia fuera, contra el imperio, y hacia dentro, por como las colonias debían gobernarse una vez que se independizaran, es imprescindible para comprender por qué se trató de una

revolución popular y conservadora al mismo tiempo; por qué involucró un alto nivel de participación popular pero en paralelo conquistó pocos beneficios para los trabajadores; y por qué, apenas unos años después de declarada la independencia, comenzó a construirse una interpretación que borró las huellas del conflicto de clases y enarboló a la elite como su única autora. Fue una forma de domesticar la memoria de la revolución y desestimar los reclamos inconclusos de gran parte de los trabajadores que pelearon en ella.

Pero la verdadera vigencia de la obra de Thompson no está en que ayuda a comprender mejor este acontecimiento histórico (aunque no se trata de un aporte menor), sino en que permite devolverle protagonismo a los sectores populares como artífices de uno de los eventos más destacados del siglo XVIII y deslegitimar, al mismo tiempo, una narrativa que, aún hoy, sigue incitando a la pasividad de los ciudadanos y a dejar la política en manos de una élite selecta.

---

## BIBLIOGRAFÍA

- |                                                                                                                                                                                                                                                                                                                            |                                                                                                                                                           |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| Adams, John (16 de abril de 1776) [Carta a Mercy Otis Warren].                                                                                                                                                                                                                                                             | Hutchinson, Thomas (16 de agosto de 1765) [Carta a Richard Jackson].                                                                                      |
| Broadside (6 de julio de 1774) [Aviso callejero "At a general meeting of the Committee of Mechanics..."].                                                                                                                                                                                                                  | Nash, Gary (1979) <i>The Urban Crucible: The Northern Seaports and the origins of the American Revolution</i> (Estados Unidos: Harvard University Press). |
| Force, Peter & St. Clair Clark, M. (1837) <i>American Archives: fourth series containing a documentary history of the English colonies in North America from the king's message to Parliament, of March 7, 1774 to the Declaration of Independence by the United States, Vol. II</i> (United States Congress: Washington). | Nash, Gary (2006) <i>The unknown American Revolution: the unruly birth of democracy and the struggle to create America</i> (Londres: Penguin Books).      |

Raphael, Ray (2001) *A people's history of the American Revolution: How common people shaped the fight for independence* (Nueva York: W.W. Norton).

Schultz, Ronald 1990 "The small-producer Tradition and the moral origins of Artisan

Radicalism in Philadelphia 1720-1810" en *Past & Present*, N° 127.

Thompson, Edward Palmer 1989 *Tradición, revuelta y conciencia de clase* (Barcelona: Crítica).



# Reseña

Gerardo Médica\*



**La izquierda en movimiento. Clase trabajadora y luchas populares en América Latina: siglos XX y XXI**  
**Viviana Bravo Vargas.**  
**Mariana Mastrángelo.**  
**[Coordinadoras]**  
**Buenos Aires, CLACSO (2022)**  
Disponible en acceso abierto en la Librería Latinoamericana y Caribeña de CLACSO

Toda reseña bibliográfica es en sí misma una maniobra de contexto, un intento consciente y planificado que busca a un lector potencial para encaminarlo a las arenas de la lectura de un determinado texto desde el encajonamiento subjetivo, producto de una lectura previa de quien realiza la reseña. Contiene en su cuerpo

- \* Lic. en Enseñanza de la Historia (CAECE). Prof. a cargo de la Cátedra Historia del Sistema Educativo Argentino (Escuela de Formación Continua/UNLaM). Investigador de la Junta de Estudios Históricos de La Matanza (JEHLM/SEU/UNLaM). Ha publicado artículos sobre historia oral en revistas nacionales e internacionales. Fue premiado en el año 2012 por la RELAHO y en el 2022 por el Senado de la Nación Argentina en el marco del Concurso de Ensayo Histórico “Malvinas: Una historia de soberanía argentina”. Entre sus libros se destacan: “El perfume de los almendros. La resistencia peronista en La Matanza (1955-1969) (2019) e “Historia oral desde los arrabales. Voces y grafías desde La Matanza y un poco más allá...” (2020). Autor invitado a participar del Boletín.

–estructura– una lectura valorativa que al hacerse explícita incita, estimula o incluso bloquea la lectura de la obra reseñada a ese potencial lector.

Esta reseña se constituye de lo descripto anteriormente y como maniobra de contexto, lejos de bloquear la lectura de “La izquierda en movimiento: clase trabajadora y luchas populares en América Latina: siglos XX y XXI” (Bravo Vargas y Mariana Mastrángelo, 2022), es un llamamiento enfático a que ese lector realice dicha lectura. Ahora bien, ¿por qué creo firmemente en ese pedido? Las razones y justificaciones son sencillas y profundas a la vez: es una obra sólida, sugerente, atractiva y dinámica que nos propone un ejercicio cognitivo, un tránsito por caminos de sensibilidades (¿por qué no?) teniendo como núcleo histórico “las luchas de la clase obrera latinoamericana” durante los Siglos XX y XXI. Dentro de las razones esgrimidas, la razón primordial que destacamos es que la obra tiene una magnitud conceptual que la hace lectura obligatoria para el lector académico que busca reflexiones teóricas o un contacto con una heurística o hermenéutica ligada a la temática en cuestión. Es también, desde luego y por suerte, una obra que no queda encorsetada al lector académico ya que con una escritura amena en la que se combina lo académico con la sencillez y sensibilidad, hace viable su lectura para un público más amplio y con interés en la clase obrera latinoamericana.

De acuerdo a como está inscripto en su tapa y en sus páginas iniciales, la obra coordinada por Viviana Bravo Vargas y Mariana Mastrángelo es subsidiaria a la labor colectiva del “Grupo de Trabajo de CLACSO ‘Izquierdas: Praxis y Transformación Social’ con génesis en el año 2019 en tierras aztecas. En otras palabras, sus páginas reflejan una diversa producción de autores en el contexto mundial circunscripto a la pandemia de COVID 19 que por razones obvias las condicionó, pero al mismo tiempo potenció.

Aquel lector que se decida a navegar por las páginas de “La izquierda en movimiento...”, en un comienzo será acogido por una introducción atrayente donde sus coordinadoras plantean la temática que fundamenta

el libro, teniendo como centralidad: “la discusión en torno a ‘qué es ser de izquierda en Latinoamérica’, qué relaciones se establecen entre ésta y la clase obrera, los movimientos sociales y políticos” (Bravo Vargas y Mastrángelo, 2022, p.10). Adosada a esa centralidad explícita, también establecen un conjunto de nociones analíticas, aspectos metodológicos y una postura instrumental y política de praxis para comprender a la clase obrera latinoamericana en el recorte temporal elegido; aportes que ofician de cause ordenador de los diferentes artículos que dan cuerpo a la obra. Si se nos permite esgrimir una metáfora, esta introducción responde a un criterio de Aleph borgeano (Borges, 1974, pp. 617-628) ya que contiene en una mínima expresión, un todo minimizado anticipando la pluralidad de miradas y perspectivas que aparecerán a lo largo de la lectura del libro.

Si seguimos navegando sobre este libro centro de la reseña, vemos que fue construido en dos grandes bloques subsidiarios a los ejes: “Izquierda y clase trabajadora en América Latina en los siglos XX y XXI” y “Clase trabajadora y luchas populares en América Latina en los siglos XX y XXI”. En el primero de ellos, Caridad Masson Sena asienta en su artículo la discusión y el análisis sobre la concepción marxista del proletariado sostenida en las Conferencias Comunistas Latinoamericanas de 1929, 1930 y 1934 que según su criterio de reflexión, estaba impregnada de eurocentrismo y occidentalismo.

Adosado a este primer artículo, Pablo Pozzi y Mariana Mastrángelo presentan “‘Yo me hice peronista porque...La verdad tenía mucha desconfianza de Perón.’ El Peronismo desde la mirada de izquierda argentina 1946-1955”. En sus trazos, la propuesta fue la de apartarse de las interpretaciones clásicas que indagan el posicionamiento oficial de las agrupaciones de izquierda ante el Primer Peronismo, adentrándose en testimonios orales y subjetividades militantes de izquierda (segundas líneas). En él, el principal aporte de sus autores es el de estrechar un análisis sólido sobre la temática, sosteniendo que Perón se apropió de un lenguaje propio de la izquierda y logró consolidar vínculos con la tradición y cultura

de izquierda que derivarían en “un sentido común peronista”, condicionado por un marco de “revolución pasiva” que ponía en tensión la sujeción de la clase obrera al peronismo y su prospección de autonomía como fuerza social.

El tercer artículo de este eje le corresponde a Ana Jemio que bajo la denominación de “Los trabajadores de Norwinco: del Operativo Tucumán al Operativo Independencia” asume el estudio de los trabajadores de esa fábrica entre los años 1975-1976 en el contexto de la represión estatal vigente. En este artículo la autora revisa conceptualizaciones tales como militantes, simpatizantes políticos y víctimas relacionadas con la categoría de territorialidad social. El prisma propuesto y sugerente es el de colocar y visibilizar a las víctimas de la represión de Norwinco en un conjunto de redes, vínculos sociales y culturales que formaban parte de una territorialidad social que desarticuló la represión para impedir el sostén de una cultura contestataria.

En cuarto lugar, encontramos a Emerson César de Campos con un colorido y ameno texto que reconstruye la historia de vida de Sérgio Bosom (artista, periodista e historiador de izquierda) en la ciudad Santa Catarina (Florianópolis, Brasil). El análisis de su historia de vida y su obra subsidiaria al humor y los comics publicados en periódicos y prensa alternativa de izquierda entre 1970-1990, determinan visiones sobre los cambios sociales y culturales de Santa Catarina en las últimas décadas del Siglo XX.

Culmina el primer eje con los trazos de Alejandra Pisani: “Izquierda y clase trabajadora en América Latina en los siglos XX y XXI”; páginas con una solidez conceptual innegable que pivotea sobre la relación neoliberalismo y clase obrera en función de terciar con “las transformaciones, las estrategias de gobierno de la lucha de clases en Argentina” durante décadas del S.XX y las transformaciones imperantes en el SXXI.

Respecto al segundo eje de la obra denominado “Clase trabajadora y luchas populares en América Latina en los siglos XX y XXI”, está dotado de

espesura por las contribuciones de autores que sitúan las experiencias de lucha de los trabajadores contra la mutación del capitalismo en el continente durante el siglo pasado.

Nos sumerge en este eje, la contribución de Viviana Bravo Vargas anclada en la conmemoración del 1 de mayo vivido como una jornada de lucha y reivindicación por los trabajadores chilenos. De bella redacción, el artículo interpreta las formas de conmemoración, usos del espacio público y diversas maneras de protagonismo de los trabajadores chilenos en el lapso temporal 1948-1958 condicionado por el Estado y la Iglesia en una apuesta por transmutarlo en una fiesta domesticada con la idea de “Fiesta del Trabajo”.

Desde Chile, también ubicado en este segundo eje de la obra, el artículo de Kimberly Seguel Villagrán nos conduce al “Frente de mujeres trabajadoras: un camino hacia políticas de emancipación femenina, Chile, 1950”. De carácter reivindicatorio ante la invisibilidad historiográfica chilena e incluso por los/as historiadores feministas chilenas, Villagrán esgrime el intento de reconstrucción del movimiento de mujeres y feministas a partir de 1950 deteniéndose en el feminismo como elemento institucional, pero también buceando más allá de él al visualizar vínculos de las mujeres con la clase trabajadora y las luchas contra la explotación en son de generar propuestas liberadoras.

Luego de este artículo, Gerardo Necochea Gracia desde México le da anchura al eje con su texto: “De lo justo y la injusticia en las huelgas de la insurgencia obrera en México, 1965-1983”. En él atina a la reconstrucción de un período de huelgas obreras entre mitad de los años sesenta del S.XX y 1983 en un contexto de crisis socioeconómica en México. Aferrado a la interpelación de las motivaciones de esas luchas, de esa “insurgencia sindical”, se inclina por sostener una explicación contundente en relación a la sensación de “agravió moral” de los trabajadores y de la percepción de “lo justo o injusto”; apreciaciones que motivaron estos combates. Para ello cruza elementos cuantitativos y cualitativos de las principales

huelgas y acciones de lucha sellando que ellas fueron subsidiarias a una disputa por la hegemonía cultural sostenida por un sentimiento de clase donde: “Las ideas de justicia de los trabajadores chocaban con las ideas patronales, y esa era una poderosa razón para emprender huelgas, marchas, mítines; la convergencia y repetición de esas experiencias constituyeron una visión de clase desde la que se reinterpretaba la sociedad mexicana” (Necoechea Gracia, 2022, p. 253).

Ya casi finalizando este apartado, con un texto en idioma portugués que refleja las ideas colectivas de Reinaldo Lindolfo Lohn, Victor Emmanuel Farias Gomes y Geovanni Rocha Junior, hallamos una propuesta que sondea el papel y diferentes discusiones de los sectores de la izquierda brasileña durante el período de transición que produjo la finalización de la dictadura este país. Sobresale del texto la profundidad de fuentes utilizadas para tal sondeo, visibilizando las relaciones de la izquierda brasileña de ese período con el movimiento popular, el nuevo movimiento obrero y la reorganización política partidaria de la misma. En el tramo destinado a este artículo, los autores ofrecen perspectivas múltiples de la izquierda brasileña orientadas a la reconstrucción del tejido social en la transición brasileña abarcando un arco amplio de personajes políticos, movimientos sociales, mundo obrero y comunidades religiosas y sus propuestas.

Como cierre de este eje y del libro, emerge el artículo: “Bases de sustentación, desarrollo y crisis del ‘sindicalismo revolucionario’ minero boliviano y características de su relacionamiento con los partidos de izquierda” de Magdalena Cajías de la Vega. La autora hace su intervención historiando con un sentido de revisita al movimiento minero boliviano desde comienzos del S.XX hasta los cambios estructurales y políticos en los que mutó en el S.XXI. El texto más allá de una construcción conceptual sólida, despierta una fuerte sensación de nostalgia y de pérdida presentando el tránsito del sindicalismo revolucionario minero boliviano desde un rol de vanguardia en mitad del S. XX hasta su declinación como proyecto liberador de los trabajadores bolivianos desde mediados de los años setenta del S.XX hasta el presente.

Para concluir esta reseña acotada, luego de establecer una somera descripción de la obra y lo dicho sobre ella, puedo afirmar que la lectura de “La izquierda en movimiento: clase trabajadora y luchas populares en América Latina: siglos XX y XXI” me ha fascinado y sensibilizado exponencialmente. Es un libro que más allá de las certezas firmes que ofrece, nos encajona sutilmente en horizontes de nuevas interpelaciones y pensamientos sobre la clase obrera latinoamericana. Como final que ya no puede ser más demorado, diremos que “La izquierda en movimiento: clase trabajadora y luchas populares en América Latina: siglos XX y XXI” es un libro de tapas rojas (sutileza si las hay) que tiene la impronta de convertirse, parafraseando a Wayne C. Booth (2005), “en una compañía que elegimos”; “una compañía” para pensar y repensarse entre tantas intemperies que habitamos en Latinoamérica.

---

## BIBLIOGRAFÍA

Booth, Wayne C. (2005). *Las compañías que elegimos. Una ética de la ficción*. México: Fondo de Cultura Económica.

Borges, Jorge Luis (1974). El Aleph. En *Jorge Luis Borges. Obras Completas 1* (pp. 617-628). Buenos Aires: Emecé.





Boletín del Grupo de Trabajo  
**Izquierdas y luchas sociales en América Latina**

Número 10 · Agosto 2024